



Año XXXIII.-Madrid, Jueves 11 Septiembre 1913.-Número 37.

SEMANARIO
Rivadavia, 1001
BUENOS AIRES

LOS JEFECILLOS

«Nada puede sustraerse á la evolución de los tiempos.

Hasta la tribuna pública, tanto tiempo convertida en tinglado de halagos populares, se ha transformado en faro irradiador de la Verdad; buena prueba de ello es el último discurso pronunciado por el diputado D. Alvaro de Albornoz, nuestro querido colaborador y amigo.

Hablando incidentalmente de nuestras cosas políticas, dijo el Sr. Albornoz, que aún más culpables que los jefes son los jefecillos, los mangoneadores de los pequeños comités; los caciquillos de peñas casineriles; los que se mueven siempre en un círculo reducido, en un ferri de pequeñas vanidades, ya que no de vergonzosas concupiscencias.

Esto, en síntesis, es lo que dijo el Sr. Albornoz, coreado por el aplauso más fervido de todos los concurrentes.

Nosotros se los repetimos sincerísimos, convencidos como estamos de que si la labor de los jefes, por deficiente, á nadie puede satisfacer, la de los jefecillos, por inmoral, hay que anularla á toda costa con la escoba ó con la puntera, con el desprecio ó con la fuerza.

De abajo á arriba es hora de principiar una labor de selección que alcance á todas las fracciones republicanas, para que los otros no puedan jugar al *más eres tú*, y para que los republicanos, si no podemos ser los más, seamos los mejores, seguros de que así conseguiremos ver instaurada la República de nuestro querer.»

Esos breves renglones, que copio de *Ideal de Zaragoza*, condensan admirablemente mi labor política: combatir á los jefes y á los jefecillos.

Me complace que un joven del talento de Albornoz opine del mismo modo, á la vez que pregunto:

¿Son los jefes hechura de los jefecillos, ó los jefecillos derivación de los jefes?

Si los jefes fueran de otro modo, ¿serían los jefecillos como son?

¿Podrían sostenerse los jefes, si no fueran así los jefecillos?

¿Podrían subsistir los jefecillos, si no fueran así los jefes?

¿Existirían los unos sin los otros?

Los jefecillos, ¿son causa ó son efecto?

Mientras esto no se ponga en claro, lo práctico es combatirlos en conjunto, y procurar que los republicanos que no son ni aspiran á ser ni jefes ni jefecillos, lleguen á este convencimiento:

Si no podamos hoy el árbol del repu-

blicanismo, España no gustará mañana sus frutos.

Si, hay que podarlo.

El árbol del republicanismo tiene hon- das las raíces y sano y robusto el tronco, mas no produce los frutos que debiera, porque la savia, aun siendo exuberante, es absorbida casi entera por el ramaje, extenso y frondoso.

Jefes, jefecillos, caciques de comité, prácticas ridículas ó aparatosas, todo, en fin, lo que sea hojarasca, debe caer bajo el hacha del Pueblo.

¿No se decide á empuñarla y esgrimirla con brío? Pues renuncie á gustar los frutos del árbol, y conétese con admirar sus hojas, hasta que, perdiendo vigor las raíces, no puedan ya extraer de la tierra el jugo necesario para nutrir el tronco, que irá poco á poco carcomiéndose.

Ahora, si creemos que el árbol de la República no es para dar frutos sino sombra, guardémonos de tocarle: bajo él podremos resguardarnos de los rayos, del sol de la Verdad en el estío, y bostezar de hambre de Justicia en el invierno.

Mosen Cinto y Sol y Ortega

I.—El cautivo

Un cuadro que pinta al vivo el actual modo de ser de la vida española, es el que se ofreció á ú timos del pasado siglo en el despacho de Sol y Ortega.

Erase, pues, en aquella época de desgracia de Verdaguer y en lo más álgido de la persecución que sufrió, que nadie ha estudiado en su totalidad y que parcialmente sólo ha sido comprendida por un hombre á quien se debe la rehabilitación de Verdaguer, ó sea el Dr. Turró.

La desgracia en aquellos momentos, invadía al infortunado en aquel reducto en donde se halla asilo seguro y morada serena y sonriente el espíritu religioso del católico sincero, que sólo el que ha pasado por tales apreturas sabe comprender.

Es el reducto aquel, la última y más elevada morada de la religión: la cúpula, por así decirlo, de la Iglesia santa. Y consiste en que, el perseguido de la adversidad y de los hombres, llega á considerar se en el mundo solo, como el naufrago en alta mar; solo, como el águila encima de un oceano de nubes.

Distancia infinita, la distancia del odio tenebroso, del terror y del recelo, le separa de la humanidad. La vida que le ata á ella es cadena que le impide huir: el cuerpo que no puede levantarse, hácese cárcel del espíritu.

La vista, al mirar hacia el mundo, halla sólo miradas de prevención, de repudio, de censura y de apóstrofe: el oído, líevale

sólo silbos de reproche, de maldición y de amargura. Los fluidos y emanaciones todas que invaden el cuerpo, como efusivos de la humanidad, son electricidades repulsivas y mortificantes.

Y cuando tal estado se produce en un país católico, estas tensiones espirituales adquieren el máximo de intensidad y de extensión, proporcionales al grado de catolicismo.

Verdaguer, que se había encerrado por la cadena de sus amistades y afecciones en el embudo del mundo místico y pacato, hubo de sentir en toda su fuerza esta repulsión universal de todos hacia él y de él hacia todos.

Morgades, Comillas y los jesuitas, que formaban la trinidad de sus perseguidores, (así juren y perjuren sobre la hostia lo contrario el primo libelista y toda la parentela) esa trinidad habían desterrado de la masa humana á Verdaguer en aquel presidio de la Gleva, nido de los amores de mi infancia, de la de mi madre y de las de mis trescientas abuelas; nido que debieron poblar de amores Venus y Cupido en los tiempos romanos, y á cuyas laderas debieron darse cita Isis y Osiris, cuando moraban en los templos de los vecinos montículos de Oris y de Taurelio.

Desde las ventanas de aquel presidio-monasterio, el cuerpo de Verdaguer se hallaba aprisionado á la tierra por las zarpas de sus enemigos; pero su espíritu vivía lejos, muy lejos... Vivía en aquel asilo supremo del afogado, donde hallaron refugio todos los santos místicos perseguidos. Allí en su soledad tenía la compañía fantástica de los ángeles y de aquellos mismos santos que le precedieran en el camino de la persecución eclesiástica, y, sobre todo, de su Jesús y de Francisco de Asís.

Sus poesías de este tiempo son ecos fidelísimos que perpetuarán los arrobamientos de su espíritu resignado á vivir, esperanzado á morir, asqueado de la tierra donde no creía hallar más que odio y prevención, y hambriento del cielo donde esperaba ser comprendido, amado y acogido en afable y sincera tertulia.

Allí vivía como encantado en éxtasis de sed de amor y de miedo al odio, el Genio aquel, cultivador fervido de los grandes ideales, desterrado por aquella trinidad cultivadora de la política utilitaria.

El autor del libelo ha intentado vencer al mundo de que Verdaguer debía mucho á esos tres poderes: jesuitismo, Comillas y Morgades. El desdichado criado de Comillas, que tan experto se finge en cuentas, se ha guardado muy bien de contar lo que á Verdaguer deben Morgades, Comillas y jesuitas. Quizás ninguno de ellos fuera lo que son y han sido, sin el pabellón de Verdaguer, á cuya sombra bogaron muchos años, exprimiendo el prestigio de las auras purísimas del Vate, en provecho de sus prestigios mercantiles.

Dejemos esto para su tiempo.

Ahora estamos en la Gleva, y en pleno

éxtasis de Verdaguer. ¿Qué veía? ¿qué oía? ¿qué sentía?

Voy á decírtelo, lector.

Asomados á una ventana, decíame:

— Ahora, *Jerusalén...* Será la primera parte de mi Trilogía... *Jerusalén, París, Roma...* ¡Tres grandes epopeyas! Tres grandes civilizaciones. Ahora *Jerusalén*, en la época de Salomón... Tengo este mal plan... (y aquí poníase inmensamente triste el vate). No tengo mis libros... ni siquiera los que me regaló el archiduque de Austria. Sin libros... Pero me he de arreglar con este plano... Ahora estoy en el jardín del palacio de Salomón, en uno de sus grandes festivales... Me cuesta mucho recomponer aquellas escenas... Aquí no pueden ser cantos de hadas como las de Canigó: han de ser himnos históricos de tiempos remotos, de fantasías orientales, y místicas de religiones poco conocidas... El cantar de los cantares, los salmos de David, los libros de Job, cierto: son arsenales de poesía y manantiales auténticos... Pero ¿cómo sacarlos traducidos por las cortesanas de Salomón?...

Este panorama me ayuda no poco. El *Ter...* ¿ve...? El *Jordán...* El *Eufrates...* Yo traje muchas notas de Tierra Santa... yo sabré traerla á este paisaje... Y después, al final, la catástrofe del Gólgota, la dispersión del pueblo israelita, su maldición eterna... El treno de Jeremías repercutiendo eternamente en la oración del pueblo proscripto al pie de las santas Murallas...

— Bien, mosen Cinto... todo muy bien. ¿Y de su persecución, qué?

Esta pregunta sonaba como un cañonazo que llenaba de humo el cielo de su fantasía... El vate caía aplomado... No estaba en el Jardín de Salomón, sino en la Gleva: no en Tierra Santa, sino en Tierra maldita.

Y en su aterrorizada pupila se leía este amargo reproche: ¿Por qué interrumpes mi sueño? ¿por qué me traes otra vez á esta humanidad odiadora?... Y ya su pluma no escribía. Al lado de Salomón asomaba Comillas: las hadas de sus jardines trocábanse en las hurañas beatuchas de sacristía: el cristianismo que pensaba cantar se transformaba y encarnaba en el jesuita Matas y en el obispo Morgades. Todo el Evangelio se condensaba en el libelo de su primo...

¡Maldita tierra! ¿Cuándo vendrá el cielo de almas amigas?

Los cantos de las amantes de Salomón eran ahogados por los murmullos de sus maldicientes.

La pluma del poeta no destilaba perlas, sino lágrimas. Por esto sus estrofas de este tiempo son plañidos...

S. PEY ORDEIX

Colaboración sórdida del verdugo

Con este título ha publicado *El País* un notabilísimo artículo, al que pertenecen estos párrafos:

«El patíbulo es la última novedad veraniega. Sentados sobre el desmontado maderamen del siniestro artefacto, charlemos; que hay mucho que hablar.

Lo primero es ensalzar, como es debido, el indulto de Sancho Alegre. Nadie podía dudar de que la sentencia de muerte no se cumpliría en este caso. Nadie, á no ser cuatro matasanos, medicuchos

quevedescos, sin ciencia ni conciencia, de esos que en un dos por tres dan por responsable á un reo y demuestran lo racional de su cerebro. A propósito de esos ridículos entes, vergüenza de la Facultad de Medicina y ludibrio de la ciencia, recordemos una anécdota del ilustre é inolvidable D. José Esquerdo y Zaragoza. Se trataba del *Sacamantecas*—un loco ejecutado por la abyecta administración de justicia de aquel tiempo—un loco, señor conde de Romanones, del género de locura que es muy probable padezca ese Brugada, al que se quiere dar garrote. Esquerdo dictaminó que el monstruo aquel, sátiro asesino, estaba loco. Le contradijo un mediquito, el inevitable mediquín, ignorante y fatuo, buscavidas y facilitamueres, y Esquerdo, fijándose en él, exclamó:— ¡No solo está loco el *Sacamantecas*; lo está también usted! Todos rieron lo que creían broma. No lo era. Poco después de ser ejecutado el *Sacamantecas*, moría en un manicomio el médico que lo dió por responsable. Los médicos de ese jaez y los literutuchos, tontos de vanidad y monstruos de egoísmo, y cuatro viles compañeros en la Prensa, vergüenza del periodismo, son los únicos que han podido dudar del indulto.

¿Era dable al inútil para el servicio militar, declararlo útil para servir de materia prima al verdugo? Claro es que en España, como en otras naciones, se ha ejecutado á muchos locos. Loco típico era el cura Merino, y para eterna infamia de aquel reinado y de aquella sociedad, fué degradado, agarrotado y quemado el cadáver y aventa las cenizas. Locos estaban Oliva y Otero, y el monstruo Cánovas, que era cruel é indigno de las alabanzas que hoy se le prodigan, los hizo ajusticiar muy guapamente, con la misma serenidad que tuvo Angiolillo. años después, para eliminarlo á él en Santa Agueda.

Probado que Sancho Alegre había sido dado por inútil para el servicio militar, á causa de la epilepsia, y consignada esta circunstancia en la notable sentencia de la Audiencia, el regicida quedaba indultado, á no haberse extinguido toda noción de justicia ó á no haber retrocedido á tiempos nefastos como los de Isabel II y Bravo Murillo, ó á los más recientes de Maura, implacable con inocentes cual Ramón Clemente García y Ferrer, ó con reos políticos como Baro, Malet y Hoyos, y generoso con asesinos de niños é incendiarios como los reos de Cetina, por el Gobierno de Maura indultados.

Celebremos y aplaudamos cordialmente el de Sancho Alegre, nueva prueba de que las consabidas gradas del trono continúan limpias de maurismo, barro y sangre; y celebrémoslo tanto más, cuanto ha sido otorgado con una hidalga sencillez opuesta á las peticiones y rogativas de costumbre en tales casos, que verdaderamente nos enamora.

El maurismo habría ejecutado á Sancho Alegre—de seguir el maurismo en el año 1909—y habría perdonado á los de Gador.»

Felicito al autor del artículo á que pertenecen esos párrafos. Más hace contra el maurismo un escrito de ese corte, que ciento plagados de bravuconerías risibles.

Por lo demás, la conducta de los clericales al tronar contra el indulto de Sancho Alegre, ha sido ahora la de siempre. No pueden remediarlo: el olfateo de la sangre los enloquece.

Reaccionario y sanguinario son palabras sinónimas. Y consonantes.

Angel Samblancat

Un mes de prisión preventiva lleva en la Cárcel Celular de Barcelona el culto escritor, director de *La Ira*, D. Angel Samblancat.

¿Por qué? Por haber escrito un artículo en el que sin ambages, aunque en una forma comediata, expresaba en sus columnas algo de lo mucho que conviene decir al pueblo para que le dé cuenta exacta de los innumerables desaciertos que diariamente llevan á cabo los que por la razón de la fuerza más que por la fuerza de la razón, rigen los destinos de esta desventurada patria.

Samblancat sufre actualmente en la cárcel barcelonesa, por haber escrito un artículo afirmando que la guerra de Marruecos es injustificada, lógicamente hablando; por decir que no tenemos derecho á atacar á nadie, ni á herirle, ni á cortarle la cabeza, ni á someterlo á esclavitud, ni á imponerle por la fuerza nuestro arbitrio, ni á abrasarle sus aduanares, ni á gozarse sus mujeres, ni á arrasarles sus sembrados, ni á desmontarles de sus cabalgaduras, ni á enseñarles con un vergajo ó con una bayoneta en la mano, á hacer la señal de la cruz. Y eso no puede ser, porque si fuera, sería una infamia que deshonraría á su vez á quienes la cometieran, y á quienes la toleraran.

Con mucha frecuencia nos salen inesperadamente al paso antecedentes y puebas que vienen á confirmar el proceder de la Justicia Histórica.

Aquí donde misteriosamente se libran de la sanción del Código penal los asesinos legionarios de las fuerzas del «requeté», de esa horda jaimista, honor del tradicionalismo español por los crímenes que ha cometido en todas las poblaciones españolas y especialmente en Cataluña, se arranca violentamente del seno de la familia y se encarcela al ciudadano que en perfecto uso de sus derechos expone sus opiniones, propaga sus ideas, dice lo que siente respetuosamente, legalmente.

Aquí donde no han sido castigados, se ignora el por qué, los facinerosos rúbditos de Cucala que asesinaron á mansalva á indefensos ciudadanos en la Barceloneta, en San Feliu y en Granollers, llevando la desolación á infinidad de familias, se retiene en la cárcel, á pesar de pedir la libertad la Prensa, al laborioso y culto escritor Angel Samblancat.

Ya es hora de decirlo y de protestar energicamente y de que suene nuestra

voz en el mundo entero para que se enteren los defensores de la justicia y del derecho.

En España los republicanos, los anarquistas, los socialistas y hasta los liberales «honrados» vienen siendo víctimas de un complot clerical, de un pulpo jesuítico que extiende sus tentáculos por los centros oficiales, por las Universidades, por los cuarteles, por las cárceles, por las fábricas, por los campos y hasta por las viviendas a la hora de la muerte.

FERNANDO PINTADO

Antonio Cortón

Ha muerto sin poderle yo estrechar la mano. Nuestra despedida ha sido la última visita que me hizo algunos meses antes de morir, en la cual deploramos a uno la mortal decadencia de la patria española y las vergüenzas de nuestra política nacional.

Aquel hombre batallador, joven todavía, de constitución robusta, de mentalidad potente y de conciencia ilustrada, sentíase aplanado y aturdido por la cerrazón del porvenir.

Comentaba los hechos con amarga indiferencia. El que había consagrado su vida a la política liberal, se sentía vencido. En sus gestos y fisonomía se dibujaba como estribillo y comentario de cada desastre: ¡No hay remedio!

Y al contemplar la resignación y abatimiento de aquel hombre nacido para luchar, las más tristes reflexiones acudían a mi mente.

La visita fué larga. Los paréntesis de silencio eran más largos que la conversación. Callaban los labios y segulan hablando los cerebros.

Repentinamente me estrechó efusivamente la mano, diciendome:

—¡Qué dichoso es usted! ¡Cuánto le envidio!... ¡Quién pudiera arrojar al aire, como usted, las verdades y las protestas, tal cual la conciencia las frugala!...

Estas palabras de Cortón contenían un libro de verdad triste y amarga: la más amarga hoy de las realidades de la vida española.

Una realidad que arrojaba sobre la cálida juventud entusiástica el frío de la decrepitud precz, que infiltra en el cuerpo del joven emprendedor y orado el espíritu de la inercia. Jóvenes por fuera, viejos por dentro... ¡Sin fe, sin pasión, sin esperanza!...

¡Cuántas tempestades debieron descargar sobre aquel organismo pletórico de vigor y exuberante de energías, para agostar y matar tantos sentimientos!... ¡Cuántos rayos debieron herirle, cuántas noches heladas caer sobre su espíritu, cuántos huracanes, cuántas sequías!...

Dichoso me llamaba, y como tal me envidiaba: dichoso, por no dejarme atosigar de un empacho de verdades...

¿Es esto felicidad? Si lo es, confieso que la he disfrutado y la disfruto y la disfrutaré el resto de mi vida, aunque se paga muy cara.

Cara, como sería caro el elixir que perpetuara la juventud. Porque eso es la primavera de la vida: ardor, pasión, indignaciones, alegrías, arroyos, temeridades y estallidos.

Lo que con Cortón se ha perdido, vese en el índice de sus producciones con que *El Liberal* teje la corona fúnebre.

Después de leerlo, unos dirán:

—¡Cuánto ha hecho!

Yo, recordando su último apretón de manos, digo:

—¡Cuánto se ha llevado sin hacer!...

Datos biográficos

Antonio Cortón nació en San Juan de Puerto Rico en 29 de Mayo de 1854. Estudió el bachillerato en San Juan. A los dieciséis años comenzó su vida literaria con varias composiciones en verso. Al trasladarse a España en 1873 la prosa fué su campo de acción. En Madrid frecuentaba las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras, de D. Francisco de Paula Canalejas, de Salmerón y de Revilla. Su primer trabajo de alto vuelo fué la biografía de Teussaint, *L'Ouverture*, publicada en *El Globo*, revelándose como historiador y crítico notable. En el Centenario de Calderón de la Barca perteneció Cortón a la Junta directiva de la Prensa, que inició el pensamiento, organizó los festejos y despertó, no sólo en España, sino también en toda Europa, un provechoso entusiasmo por nuestras glorias nacionales. En 1883 dió a la estampa *La Literata*, dirigió *El Tribuno* y escribió a la vez notables crónicas políticas y literarias.

De una gacetilla de *El Tribuno* nació la ruidosa cuestión personal entre Cortón y *Clarín*. El año 1887 fué de gran actividad para Cortón. Gobernaba la isla natal el general Palacios, que inició una serie de persecuciones contra los liberales portorriqueños. Cortón, con su palabra y con su plumá, al frente de la colonia portorriqueña de Madrid, llevó su voz de indignación hasta el Gobierno y logró bien pronto la victoria de que se decretase el relevo de aquel gobernador de triste recuerdo en la pequeña antilla.

En 1889 publicó el *Pandemonium*: los críticos saludaron en el autor a uno de nuestros primeros prosistas. En 1894 fundó *El Correo de Ultramar* y publicó, consagrándose a la política liberal por entero, *Salvador Brau* y *Francisco Oller* y el libro *Las Antillas*. En las elecciones de 1898 fué electo diputado a Cortes. El mismo día en que juraba su cargo se recibió la infausta noticia del bombardeo de Puerto Rico por los norteamericanos. Disueltas las Cortes de 1898, se trasladó a Barcelona. De los trabajos que allí publicó, el que tuvo mayor resonancia fué *Las letras en el siglo XX*.

Las *Crónicas barcelonesas* que escribió para *El Liberal*, de Madrid, y los folletines literarios y los artículos de fondo de *El Liberal*, de Barcelona, de cuyo diario fué redactor jefe, aumentaron su renombre.

En 1905 volvió a establecerse en Madrid, entrando en la redacción de *El Liberal*. Además de las obras citadas, se le debe: «Patria y Cosmopolitismo», que fué traducida al francés (1881), una notable «Memoria» sobre la separación de mandos en Puerto Rico (1890), «Las Antillas», (1899), «La India en Fotografía» (1898), «Un viaje a China» y «El fantasma del separatismo» (1908).

EL EQUIVOCO

Mi respeto para los dos muertos, Sol y Ortega y Suñol. Me hallaba alejado del uno y del otro por razones diversas, pero me inclino ante su memoria.

Mas ahora debe tratarse una cuestión que la muerte de estos dos ciudadanos promueve; cuestión interesantísima en la que está comprendido en síntesis todo el problema español. Estos dos hombres militaban en el partido republicano, en un partido sostenedor de proposiciones condenadas repetidas veces por la Iglesia, y eran, por lo tanto, dos herejes. Y ahora mueren y son enterrados con forme al ritual estricto de los católicos, y uno de ellos, Suñol, recibe en sus últimos momentos las confortaciones espirituales del catolicismo.

Ya sé que se me repetirá aquella famosa frase ignorante de la verdad católica y de la verdad liberal al mismo tiempo: «Se puede ser liberal y católico». — ¡No, no! — Hay que elegir. — Los anatemas contra las libertades revolucionarias están claramente expresados en repetidas encíclicas papales; y por otra parte, los principios liberal, democrático, republicano, con radicales negaciones de los principios católicos de dogma, infalibilidad y pontificado. Y como si esto fuera poco, la cuestión política, tal como está hoy en España, sobre todo en su aspecto pedagógico, es una lucha a muerte contra la actuación intensa y despiadada del catolicismo.

Hablemos con sinceridad. Los hombres de la izquierda dan cada día ocasiones de triunfo al catolicismo. ¿Porqué? Porque en toda su vida social, en la actuación de la familia, en los actos más transcendentales de la vida, en la educación de los hijos, se acomodan estrictamente a las normas del catolicismo, y obran como hijos, como feligreses, como ovejas. Por eso, en las proclamas de los católicos al afirmar que España es católica en bloque, hay una patente verdad externa. — Tú, republicano convencido, que ofreces al pueblo la incongruencia de un entierro entre clérigos y responsos, votas extrepitosamente en favor de todo lo que combatiste en vida. ¿Y querías que después se elevasen estatuas a tu memoria de luchador? ¿A cuál memoria, a la de tu vivir ó a la de tu morir? Tú formas en las estadísticas de los católicos y coope-

ras en la eternización de la bajeza nacional.

¿El catolicismo español? ¡Ah! ¡Cuán poco resta de su actuación como valor puramente religioso! Las religiones pueden actuar sobre un país como valor espiritual, como valor político y como valor social. Estoy profundamente convencido que la acción del catolicismo en España, como fe, como creencia individual, como una caracterización del espíritu, es nula. España no es pueblo religioso, ni tiene conciencia y conocimiento de la fe que dice profesar. De manera que el valor espiritual del catolicismo es aquí cosa muerta.

En cuanto al valor político, tampoco creo que estemos sometidos á ninguna tiranía eclesiástica. Todo el famoso clericalismo de la política española es mera consecuencia del catolicismo social. Comparemos la acción del clericalismo español sobre la soberanía civil con la del militarismo, y veréis la diferencia. Aquí las leyes en favor de la Iglesia son impopulares y quedan incumplidas en su forma aguda y estricta. La libertad de imprenta, en cuanto á religión, es casi absoluta. El clericalismo político pertenece á un tiempo que pasó definitivamente.

¿Cuál es, entonces, la acción funesta del catolicismo en España? ¿Por qué lo creemos, con justicia, el más grande enemigo de nuestra reconstitución, de la prosperidad nacional? Simplemente porque el catolicismo tiene en España una inmensa acción social. Si los gobiernos han de ser reflejo de la voluntad de un país, y esta voluntad ha de medirse por las manifestaciones externas, el gobierno habría de ser más clerical de lo que es.

Tengamos la nobleza de decirlo: *Hay una gran cobardía cívica*. El catolicismo exterior es una cosa de bien parecer, un signo de distinción social, un pasaporte necesario en la vida de relación, un diploma de señorío. Existe cierto *boy-cottage* de las familias contra la vida del que no acepta las maneras externas de la Religión. Hay una prevención atávica, heredada, invencible, fisiológica contra los *excomulgados*. La excomunión constituye hoy una separación de lo que llamamos *sacramentos sociales*, como quien niega el agua y la sal á aquellos que no llevan el bautismo en la frente y en la boca, como el marchamo de una mercancía.

Recordad lo que nos cuesta á cada uno de nosotros, después de emancipar la persona, emancipar la familia; después de emancipar de toda fe la conciencia, emancipar también de ella nuestra vida social y la de los nuestros. A la hora del matrimonio, los famosos batalladores de la libertad, se arrojan ante el cura. Tienen hijos, y les hacen doblar la cabeza bajo el agua bautismal, administrada por el cura. Viene la primera comunión de los niños, y es una fiesta de familia presidida por el cura. Llega la hora de la muerte, la más transcendental,

la que se ofrece como último gesto, como último discurso al pueblo, y mueren ungidos por el cura, presididos por el cura.

¿Cómo queréis, pues, que el cura no cante victoria, si sabe que se recurre á él como maestro, como auxiliador, como ministro de Dios, deponiendo á sus pies toda la vida en una humildísima rectificación?

Se hace más por la Iglesia en aquella sola hora, que se ha hecho contra la Iglesia en toda una vida. Amigos míos, es preciso que acabe esta mortal y suprema incoherencia. Hay que poner de acuerdo el pensamiento y la vida interna y la externa, la personal y la familiar, la vida y la muerte, el momento y la eternidad. Hay que exhibir como un honor lo que se considera deshonor por los adversarios, aceptar como una distinción los castigos eclesiásticos, la negación de sepultura católica, la hostilidad de las turbas indoctas, la injuria de la baja prensa, la invectiva estúpida, la insidia y la injusticia del mundo fiel.

Confieso que á mi mismo me ha costado una lucha dolorosa llegar á la absoluta emancipación social, después de la espiritual; pero ahora me siento en la serena plenitud de la persona libérrima.

No se trata, no, de *comer curas*, sino de evitar que ellos nos devoren á nosotros. Seamos un pueblo de dominadores y no un pueblo de siervos.

GABRIEL ALOMAR

Paz con la Iglesia

«Nada de ese oño malsano á la eclesiástica gente: se puede ser muy creyente y ser muy republicano.

Yo tengo en casa capilla, y he fijado en el altar de la Virgen del Pilar un retrato de Zorrilla.

Así, mi entusiasmo fiel piadosamente se excita, viendo á la Virgen bendita y mirando á don Manuel.

¿Qué celestiales venturas, qué místicos arrebatos se apoderan de mí á ratos contemplando ambas figuras!

Sueño que la soberana de cielo, de tierra y mar, se encarga de organizar la República cristiana,

y hasta creo en mi ilusión adivinar el proyecto con que ha de llevarse á efecto semejante institución.

Código fundamental que regirá el suelo hispano: el catecismo cristiano-filosófico moral.

¿Ley? Los santos mandamientos ¿Tribunal? La Inquisición con su varia colección de hogueras y de tormentos.

¿Ordenanza militar? Tendrá todo centinela

en vez de fusil, su vela, con la que pueda alumbrar.

No habrá pública oficina en donde los empleados no sean examinados de la cristiana doctrina.

Como justificación para el cobro mensual, ¿qué cédula personal? Baste la de comunión.

Cuando sirva cada teja de cubierta á un campanario, cuando se rece el rosario público á la usanza vieja, y vuelvan los desusados tributos, diezmos, primicias, que causaban las delicias de nuestros antepasados, entonces como una seda marchará la cosa pública.»

—¿Catolicismo y República juntos? ¡Sírvase el que pueda!

JOSE NAKENS

EL CEMENTERIO DE LA FARSA

Esta vida es un fandango y el que no lo baila un tonto.

Hermoso artículo el anterior. No se puede condenar mejor la conducta de nuestros prohombres anticlericales.

Pero, vamos á ver, amigo Alomar: ¿no le parece que deberíamos tomar menos en serio estas cosas de la Iglesia? ¿Vamos á ser más papistas que el Papa?...

Porque en eso de que la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica Romana, de gentes tan graves como Gregorio Magno y el Vivillo, del ex-capitán Loyola y del ex-capitán Sánchez, de trescientos Sumos Pontífices Máximos y de trescientos mil eunucos de la capilla Sixtina, y que lo mismo da tierra sagrada á nuestros Morote, Catena y Sol O tega, sin haber recibido los sacramentos, que á los creyentes que los reciben; en eso—repito—¿no le parece que la Iglesia está jugando nos la más linda broma, que no hay para qué estorbar y que podemos seguir con mil amores?

Mi buen Alomar quiere que tomemos la cosa en serio. Pues ¿no fueron los discípulos de Voltaire los que reclamaron su entierro en sagrado? Y aquello, ¿no era volteriano puro? ¿Tan volteriano como la comunión que él fingió, como aquella confesión que luego puso tan deliciosamente en sofía?

Se va poniendo esto de la Iglesia de un modo, que acaso deberíamos todos los anticlericales hacerles el juego en broma, y en cuanto á lo de la muerte, adoptar esta máxima:

Vida alegre y muerte más alegre, si cabe.

¿Y hay nada más divertido que ver á un coro de respetabundos y reverebundos clérigos canturreando tremolos y profundos responsos al rededor del cadáver del enemigo á quien odiaron, echando kiries al Eterno Padre y haciendo estremecer la tierra con sus roncadas voces?

Le aseguro, Alomar de mi vida, que no hay espectáculo mas divertido, si se mira con profundo sentido filosófico.

¿Un entierro católico?... ¡Delicioso! Allí se manifiesta en todo su esplendor la Iglesia cantante...

¿Usted no había oído hablar de esta Iglesia? Pues... apúnteme la invención de la frase. Hay una Iglesia cantante, como hay una Iglesia docente.

La Iglesia cantante, canta como todos los cantantes: por cuanto vos contribuísteis.

A un organillero se le echa una perra chica, y ¡taile al cantol!

Al flamenco callejero se le echa en el patillo una moneda, y ¡vengan soleares!

Pues esto mismo ocurre con el canto eclesiástico.

Se echa una perrilla en el perolillo del párroco y... ¡Requiem que te crió!

Ajusta usted con el encargado un entierro de primera, y allá van los cantantes con unas vececitas que nos hacen envidiar á los sordos.

¡A tanto la parte, y á tanto el Requiem!

El día que entierren á la Bella Chelito ó á la Fornarina, si ocurriera lo que tantas veces ocurrió, esto es, que la muerte fuera sólo aparente, sería posible que al volver en sí se levantasen, y creyendo estar en el teatro, rompieran con un zapateado que hasta allí.

Pues bien: hay que saber interpretar al lenguaje eclesiástico.

¿Se oye un coro de diez curas cantando latines?... Pues significa: «Señores: ya hemos cobrado diez duritos...»

Y por diez miseros duros oírse corear un ateo decente por diez curas, ¿puede pedirse mayor ganga?

Y luego en el cementerio... ¡qué bien, con aquel trajín de entrar y salir gente! No como en el civil, donde los muertos no ven apenas alma viviente.

Sí, Alomar: la mayor parte de las cosas de Iglesia mueven á risa, mirándolas desde el punto de vista que deben mirarse.

¿Hay algo más falado que un convento de monjes y de frailes en la hora de las disciplinas, azotándose sin piedad para castigar al demonio? ¡Duro, y duro, amiguitos!.. ¡Arreen hasta que se rindan!.. ¡Leña al demonio!..

Ya ve A'omar cómo eso del catolicismo, que parece cosa tan lúgubre y tristonera, es un amorisimo y continuo sainete.

¿Qué debemos de emancipar la conciencia de toda superstición? Perfectamente. Pero si la Iglesia parece tomarlo todo en guasa y lo mismo le canta al cadáver del ateo que al del creyente, ¿á qué empeñarnos nosotros en que recobre la gravedad?

Lo más que podríamos pedir, es que al lado de la cruz parroquial permitiese ir el pendón laico, y alternar el Kirie con el Himno de Riego, según ocurre en ciertas catedrales.

¡Vaya, amigo Alomar: deje los pesimismo! Que los curas se nos coman después de muertos, pase; al cabo y al

fin se nos han de comer los gusanos, ¿qué más da?

Que no se nos coman vivos, es lo que hemos de pedir y procurar que no sea. Y que en vez del ¡Kirie, Kirie, Kirie. no nos canten el ¡Trágala, Trágala, Trágala!...

R. MAYOL

Milagro estupendo

La noche del día 3 descargó una formidable tormenta sobre Huesca.

Una chispa eléctrica cayó en la cama del superior de los salesianos, que casualmente había retrasado el acostarse, y á esta circunstancia debió la vida.

Muchos dignos representantes de la estultez humana propalan que se trata de un milagro, realizado por una imagen que se venera en la iglesia de Artes y Oficios, donde dan sus enseñanzas los salesianos. Pero venid acá, idiotas.

El milagro (suponiendo que se haya verificado alguno desde que el mundo es mundo) podía haber consistido en que, estando ya en la cama el superior, cayese el rayo, le tocara, y al llevarse la mano al sitio, se hubiera encontrado una moneda de cinco duros; pero el que no lo carbonizase no estando en la cama, es un milagro que ocurre siempre que está el individuo alejado de la chispa eléctrica.

Parece mentira que en una población como Huesca, donde se han verificado milagros como el del gato que, para que un crimen no quedara impune, tuvo la abnegación de cargar con la cabeza del niño que fué causa de la prisión de mossén Prisco, haya quien pueda atribuir á milagro el hecho de que un rayo no parta por el jefe á un fraile en su cama, sencillamente porque no estaba en ella.

Pues lo que es si llega á estar, no digo una virgen, ni las problemáticas once mil le salva, pues la intención del rayo bien conocida estaba.

Las voces profundas del dolor

Por la tarde, al ingresar en el patio de la prisión, iba recitando mentalmente las palabras que vió escritas el Dante en la puerta del Infierno, y aquellas otras terribles que cuenta Virgilio que resuenan incesantemente en los oídos de los reprobos: *Discite justitiam, moniti, et non tenere Divos*. Me precedía un sable de cuya empuñadura pendía un guardia que llevaba unos papeles blancos en la mano—papeles en los que iba amortajado mi pensamiento y enterrada mi libertad—y que me decía (del guardia hablo) cortando bruscamente de cuando en cuando la hebra de coser mis meditaciones y mis monólogos: «por aquí, por aquí». Yo le seguía, andando como un alucinado, como un sonámbulo.

Algunas horas después solo en mi encierro, entregado á mis rumiaciones y á mis reminiscencias, rodeado de piedras duras y de hierros fríos, sentado en un

taburete sujeto á la pared con una cadena, y apretándome con los dedos los cañones de la nariz para taparme las fosas nasales porque me ahogaba el hedor del retrete de mi celda, oraba con las manos juntas á ese Dios ímpio y sordo en que uno tiene, á pesar de todo, necesidad de creer cuando se siente desgraciado, y le decía como Cristo en Getsemani: «Padre, si es posible, aleja de mi frente estos sudores, aparta de mis labios este cáliz».

Luego vino la noche, noche de ojos oscuros y de senos secos. Vino, en aquel día sin crepúsculo, galopando como un caballo de grupa negra, y cayó sobre nosotros súbitamente como una espada blandida por un guerrero luctuoso y fatídico. Pareció como si el sol se hubiera apagado instantáneamente, como si se hubieran agotado de repente las fuerzas luminosas del mundo. Pareció aquella noche otra cuyo recuerdo espeluznaba á Ovidio en el destierro.

El aire, caliginoso, fuliginoso, letal. Un insomnio pertinaz, indomable, me socavaba la frente y me batía las sienes como una catapulta. Me acechaban las tristezas y las pesadillas. En mis ojos humeaban fosforescencias lívidas, fuegos fatuos, relámpagos, lágrimas. Una fiebre de abrasadoras temperaturas, de temperaturas volcánicas, me consumía los labios, con sus besos mortales, y me echaba á la garganta nudos estranguladores, y se me comía, se me comía...

No hubo aquella noche tiempo, ni espacio, ni relieves, ni rúbricas, ni cantidad. No hubo acabamiento, ni principio, ni tránsito. No hubo penumbras de tentación, ni misterio de lumbres inciertas, ni dulzuras estelares ni bostezos de entrañas anhelosas, ni vahos de sexos que se aproximan, ni rumores nupciales de himeneo.

Noche última del mundo, noche del día final, noche de catástrofes, de apocalipsis, noche de silencios necropolíticos, de apariciones y de enigmas, noche de hecatombes macabras, noche de libaciones y de hemofilia y de saturnales sangrientas.

Noche de entrañas estériles, de flancos descarrados, y de pechos secos. No maduró en sus ramas ningún fruto, no se abrió en sus rosales ninguna flor, no germinó en su seno ninguna semilla, no presidió ningún idilio galante ni ninguna fiesta de amor. Nadie concibió ni engendró en su matriz; nadie tampoco fué engendrado. Las esposas desertaron aquella noche de sus tálamos, y los varones no extendieron sus miembros sobre las almohadas y los colchones de su deleite. Se extinguieron las lámparas del amor y de la vida en los hogares, en los corazones y en las alcobas. Todas las luces de la tierra y del cielo se apagaron. Los ríos pararon su curso, las aves su vuelo y los árboles su crecimiento. El mar se tragó la salada espuma, la hirviente saliva de sus refluxos. Los pobres no recibieron de nadie limosna y los huérfanos no encontraron en ningún lugar asilo.

Aun me oprimen tus fantasmas y tus negruras, noche de terrible recuerdo.

Aun tus alas gigantescas como las del bultre Rohk, arrojas la impenetrable espesura de tu sombra sobre mi pensamiento.

Se oía en el silencio hosco de sus tinieblas, el ávido olfateo de las hienas vagabundas y el ulular lejano de los lobos. Se oía á los perros hambrientos revolver ladrando las basuras y hurgar en el hocico en los estercoleros. Se oía el paso cauto y solapado de los ladrones y el manejo clandestino y siniestro de los que preparaban emboscadas. Se oía el resuello silbante y el eructo alcohólico de los borrachos que dormían en las aceras de las calles, y el hervor de los gonococos en la sangre de los que se acuestan en el lecho de las prostitutas. Se oía el llanto de los niños miedosos. Se oía la canción de las doce. Se oía el ruido de los rosarios que llevan colgados á la cintura las alcahuetas y las que se dedican á decir ensalmos, á quitar el mal de ojo, á recomponer vírgenes y á pervertir doncellas. Se oía la impaciencia de los que se levantaban á evacuar en camisa. Se oía los últimos estertores de los suicidas y de los moribundos: los de los que se apretan la corbata y se colgaban de la aldaba de la puerta; los de los que al estornudar se partían la frente contra un firol; los de los que tropezaban en una piedra y se desnucaban; los de los que arrojaran para siempre al suelo el fardo de la vida y lo dejaban para que lo recogiera otro tonto.

Aun me ciegan tus sombras, noche de entrañas áridas, noche de pechos secos. Aun me oprimen tus nebruras, noche de mala ventura y de maleficio, noche de espectros aciagos y de brujas blancas. Aun te temo, aun te temo, noche de dar el gran salto en la eternidad, de desposarse con la tumba, de llorar sin consuelo gimiendo: *nihil, nihil*.

ANGEL SAMBLANCAT

Oarcel de Barcelona.

El pleito de Salomón

La Iglesia y la Libertad están disputándose la posesión de la conciencia del niño con lucha tenaz.

He aquí el último recurso de la Iglesia en su campaña, expuesta en carta dirigida al obispo de Madrid Alcalá:

«Excmo. Sr.:

«Los maestros católicos de la provincia de Madrid que acaban de hacer los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola en el Colegio de Nuestra Señora del Recuerdo, bajo la dirección de los reverendos padres de la Compañía de Jesús, antes de abandonar el santo retiro, donde han encontrado la paz del alma y la fortaleza necesaria para combatir contra el mal y el error, tienen la honra de reiterar á V. E., con el mayor respeto, el testimonio sincero y entusiasta de su inquebrantable adhesión á las enseñanzas y preceptos de nuestra santa madre la Iglesia y á la sagrada persona de V. E., su pastor amantísimo.

«Con espontánea unanimidad hemos prometido delante de Dios inculcar en el corazón de nuestros discípulos estos mis-

mos sentimientos, principalmente con la enseñanza del Catecismo en nuestras escuelas, aunque fuese preciso para ello sufrir los mayores sacrificios.

«Al mismo tiempo manifestamos nuestra gratitud á todas las personas que han contribuido de cualquier manera á estos retiros, obra tan provechosa para los maestros.

«En nombre de todos los ejercitantes pide á V. E. su bendición y besa su anillo pastoral, el presidente de la Asociación de la Enseñanza Católica, Manuel Prieto.»

Ya está el jesuitismo en danza. Los maestros van á ser directores espirituales de ejercicios.

Por lo visto no bastaba la clase de Religión y Moral de las Normales, oficial del Estado: hacía falta la «moral y religión jesuitas.»

Curioso fuera saber el efecto que habrá causado la carta al obispo de Madrid. Conoce perfectamente lo que vale el voto de obediencia á la Iglesia que hace la Compañía, y sobre todo, al Papa y los obispos.

Lo cuentan Palafox, acerbillado por sus infamias, y Clemente XIV, que murió de muerte jesuitica.

Una Biblioteca Histórica y unas cosas más

Comienza el desfile de testigos para escribir la *Historia de la academia de la Historia*. He aquí lo que nos dice un comunicante con el título de este escrito:

«La conocen muy pocas personas del estado social no letrado; y del estado periodístico ó letrado, la mayor parte de los maestros y alumnos, (siendo así que allí están las fuentes de inspiración, y las materias de meritisimas y utilísimas propagandas) ó no se acuerdan de ella, ó no la creen rica, muy rica de datos impresos, y principalmente inéditos, ó ingratamente la desprecian!»

Amigo Répide, y señores novelistas, acudid á ella. La casa guarda muchas leyendas y tradiciones, y noticias de hechos históricos muy calados todavía.

Sólo hay que salvar algunas dificultades, dificultades que inmediatamente estimamos que desbaratará el señor ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, por que se trata de una Biblioteca que es de la Nación aunque se encuentre dentro de la casa donde se reúnen los Académicos de la Historia; y la Academia no vive hecha cantón independiente del Estado, y menos de la nación: y todos los fondos del Archivo, como los de la Biblioteca, allí se guardan y conservan para el uso y utilidades científicas é históricas de cuantos ciudadanos españoles, en primer término, pretendamos y necesitemos aprovecharnos de las fuentes allí guardadas, que son nuestras, y no de la sola y exclusiva utilidad de los señores Académicos, ciudadanos de no privilegiada ciudadanía, sino por lo que cobran y que el pueblo paga.

Pues bien: tan histórica biblioteca, á pesar de sus años de existencia, todavía *NO HA PUBLICADO* el catálogo de los manuscritos y libros que allí tiene la nación, dormidos en su mayoría, para lectores y estudiosos y exploradores. Aún los sótanos dan fe de legajos allí inexplorados.

Esta Biblioteca y este Archivo está servido por individuos del Cuerpo de Archivados, Bibliotecarios y Arqueólogos, sujetos al Reglamento del cuerpo. Deben tener la Biblioteca y el Archivo abierto todos los días no feriados, religiosos y civiles, DURANTE TODO EL AÑO, y CADA DÍA DURANTE SEIS HORAS. Las vacaciones no son para los libros y documentos; son para los empleados, alternando.

Veamos. Aquí no se admite á nadie durante el verano Cerrada más de cuatro meses en el curso anterior «por OBRA» cerrada sigue, y eso que desde junio hasta hoy (26 de Agosto) ninguna OBRA allí se ha reallizado. A las vacaciones tan abusivas y antireglamentarias, vese á dar otro empalme de vacaciones también, porque necesitan los señores académicos un ascensor para subir cinco escalones y medio, con el autómóvil.

Todavía esto casi nada significa; esto que vale tanto como darle al público con la puerta en las narices.

Faltan las indicaciones de los catálogos para que todo asistente se informe de lo que busca para sus estudios y propósitos.

Las negativas abundan (que deben certificarlas los negantes). Muchas veces se contesta: que los libros ó manuscritos los tiene un señor ACADÉMICO EN SU CASA. Tal sucede, verbi gracia, con tomos de la colección SALAZAR, que no se los ve en la casa, y el lector se queda sin poder valerse de su derecho. ¿Puede seguir tolerando tanto el señor jefe del Cuerpo de Archivados, Bibliotecarios y Arqueólogos? ¿Por qué no quedan cerrados y cerradas todas las bibliotecas y archivos servidos por los señores del Cuerpo, en los mismos días y las mismas horas que cerrada conserva su biblioteca el bibliotecario del cuerpo, la biblioteca de la Academia de la Historia? La Academia carece de facultades para que en la casa de sus juntas, no esté franca al público, en días reglamentarios, la puerta de la biblioteca. La Academia ninguna jurisdicción posee sobre los individuos del Cuerpo, y no entra en su poderío dispensar de obligaciones reglamentarias á nadie.

A lo sumo, la Academia puede disponer por todo el día y toda la noche—sin perturbar en las horas reglamentarias á los lectores y escritores,—de cuanto allí se contiene, que no es suyo, que es de la Nación; y para el servicio ya elige de su seno un bibliotecario, que la sirve. Los del escalafón del cuerpo no están á las órdenes de los Académicos.

Señor ministro y señor subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes. El deber consiste en que cada cual ocupe su puesto durante las horas señaladas sirviendo al público y catalogando; y nunca trabajando para asuntos particulares, y menos sacando copias retribuidas. El Estado paga para que se atienda al público y se le faciliten las fuentes de nuestros establecimientos, no para que el empleado trabaje *pro domo sua*: al tal, que se le eche.

Señores ministro y subsecretario: Que vuelvan á sus sitios los manuscritos y libros que no ocupen en la biblioteca sus sitios.

Los académicos á nadie superan en ciudadanía; y mucho menos cuentan con la exclusiva de ser ellos los *primeros* para publicar lo inédito. Pues, llegar á tanto, asombraría.

Una vez legislado para que los fondos de las fundaciones benéficas y de enseñanza pasen á los ministerios de la Gobernación y de Instrucción Pública (qué se hace con

los fondos de la misma clase que hay en la Academia de la Historia? ¿O no se encuentran adornados los hombres, y los municipios, y las diputaciones de España de tanta probidad como los Académicos? Los señores Alba y Ruiz Jiménez, letrados de valía y virtud ¿qué harán? La ley es ley: y lo mandado mandado.

La luz eléctrica que alumbró al público en la sala pública, mas qué para iluminar, sirve para matar ojos. ¿La paga la Academia, se paga del material de la biblioteca, ó á medias? (1).

Señores ministro y subsecretario. Si no se consideran ustedes con fuerza para que se cumplan las leyes y reglamentos en de terminados centros, entonces á mí no me llamarán ustedes cobarde, aunque se me santifique por ustedes y sobre todo por lo que remata mi artículo.

¿En dónde está el informe técnico, sobre cierta colección de un académico de la Historia vendida al Estado? La *Gaceta* no lo ha publicado aún. Hablen los Sres. Pidal (don Juan), Villamil, Amador de los Ríos, Osorio, Sentenach y díganme en donde está el Informe. ¿Lo ha dado el Sr. Fernandez Victorio? ¿Lo ha suscrito la junta del cuerpo, ó algún individuo del mismo? ¿En donde está el Informe señores ministro y subsecretario? (2).

Con la lectura de la *Gaceta* se aprende, que contamos con un OFICIO NUEVO EN ESPAÑA. El de juez en tribunales de oposiciones. ¡Los mismos jueces siempre! Y algunos pobres señores en varios tribunales á la vez! Ya son célebres en esto E. Hinojosa y Melida: saben de todo y andan en todas partes, como D. Ramón Menéndez Pidal. ¡Señor ministro!

B. CALLEJO Y NAVEROS

(1) ¿Hay dinero para ascensor y nunca lo hubo para catálogos impresos?

(2) Quien presenta estas documentaciones á la firma del señor ministro con toda la documentación completa, es el jefe del Negociado de Archivos Bibliotecas y Museos. Allí debe estar el Informe. Tiempo hace se perdió uno, y más tarde, con sorpresa ministerial, fué publicado por el informante. Quién se apoderó de él, como reliquia, en el ministerio, no lo sé. Que aun sabiéndolo hoy iría á la cárcel el ratero.

Dos condenas

Los Tribunales de Nápoles han condenado á siete años de cárcel á un Fray Salvador, por excederse horriblemente en su cariño hacia los niños.

La hermana de uno de los lesionados, que se proporcionó la satisfacción de hincar las uñas con alguna vehemencia en el rostro del ministro del Altísimo, fué á su vez condenada á cuatro meses de reclusión.

Se conoce que la joven era partidaria de la pena del Tullón, y se abalanzó al profanador de su hermano gritando: ¡ojo por ojo! no de otro modo me explico su condena.

La del fraile sí me la explico: y confieso humildemente que me parece pe-

queña todavía. Para estas abominaciones clericales, cada día más frecuentes, debería inventarse un castigo especial; por ejemplo: encerrar de por vida al culpable en una habitación con una ventana que diése á una piscina donde se bañarían niños desnudos.

Un suplicio de Tántalo con circunstancias agravantes.

Esposas del Señor

«Dice un animal muy cuerdo, amigo de San Antón, que no hay monja sin *ja-món*, ni sacerdote sin *cer-do*.»
Astrael, n

Para hacer *pendant* con las seis «Sotanas desconocidas» del día 4 he seleccionado media docena de tipos hembras, sacados de la legión monjil, que he conocido frecuentando hospitales, casas de salud y otros establecimientos llamados de beneficencia. Ahí va, sin más preámbulos, la relación de las «hermanitas» esocogidas:

Sor Aleja, alta, morena, grandes ojos, isleña, carácter dulce y meloso. Una distracción de la madre superior (y no superiora, como se dice malamente, pues no hay inferiora) permitió su fuga con un joven dependiente amante suyo. Hubo escándalo mayúsculo y al cabo de nueve meses nacieron unos gemelos. Dios lo dispuso así, para premiar, sin duda, los trabajos de su gentil esposo. Respetemos tan inexcusables designios.

Sor Concha, gruesa, linfática, émula de la poetisa de Lesbos en los amores sáficos. La cocina, el gallinero, los desvanes, fueron mudos testigos de sus hazañas. Hermanas, domésticas, enfermas, reclusas, todas las que calan en sus manos iniciábanse en los misterios *conchudos*...
Non raggionar di lor, ma guarda e passa!

Sor Franca, guapota, catalana, muy astuta. El director, un vigilante y yo logramos sorprenderla en sus aventuras nocturnas con un camarero de Vich, y, no pudiendo negar las fechorías, hubo de rendirse á la evidencia. Fué trasladada á la villa y corte. Pero ella cree todavía que, por oculto, su pecado quedó «medio perdonado».

Sor Lola, esbelta, de pretensiones aristocráticas, muy remilgada, gran amiga de cierto doctor; tenía una cicatriz en el rostro, que desapareció mediante el tratamiento. Durante algún tiempo hablóse de una puerta secreta y de un niño muerto; pero ¿quién hace caso de murmuraciones? Por rebeldía y desobediencia fué reducida á la categoría de *paisana*, lo cual equivale á una degradación en la milicia. Si vas á Calatayud...

Sor Pura, todo lo contrario de su nombre. Buenas carnes, gallega, algo grosera. Tuvo 606 enfermedades y triunfó de todas, aunque una de ellas, mal de amores, costó la vida á un dependiente cuyo nombre *rueda* por ahí. Salí de la casa tan purificada que ni el dios Mercurio pudo con ella.

—¿Conque te vas de páseo?

—Sí, Fillis, y veraneo.

Sor X. No me atrevo á despejar la incógnita. Era un monstruo de crueldad. Por pequeñas faltas de compostura castigó atrocemente á una pobre niña, obligándola á permanecer arrodillada sobre la plancha ardiente de la cocina. Los tribunales entendieron en el asunto y las influencias también. Este ejemplo recuerda los suplicios de la Inquisición. ¡Y luego dirán que manos blancas no ofenden!

Los seis casos que dejo esbozados son miel sobre hojuelas ante los seis mil y pico que podría dibujaros. En honor á la verdad, hay excepciones muy honrosas y dignas de un apoteosis. Siempre recordaré conmovido la hermosa acción de aquella hermana de la Caridad que habiendo entrado en una taberna á pedir limosna, como uno de los bebedores le hubiese echado un salivazo, dijo sin inmutarse, tendiendo la mano nuevamente:

—Bien. Esto para mí. Ahora para los pobres...

Yo la hubiera estrechado entre mis brazos.

Pero el montón, la generalidad, esas víctimas de una naturaleza contrariada que juran una humildad que no sienten, una pobreza que no desean y una castidad que no pueden guardar, esas me inspiran lástima, repugnancia, según sean inconscientes ó hipócritas.

Saprimid las tocas y los sayales, como las sotanas y las capuchas: ¿qué queda? Mujeres como las demás, hombres con sus inherentes vicios y pasiones. Por algo dicen nuestros vecinos los franceses:

—*Chassez le naturel; il revient au galop.*

«Que disfrazada por la beatería se ejercita mejor la p... orquería.»

JUSTO LIBERAL

LIBRO NUEVO

Poesías festivas anticlericales

de
recordados autores
PRECIO: UNA PESETA

La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas

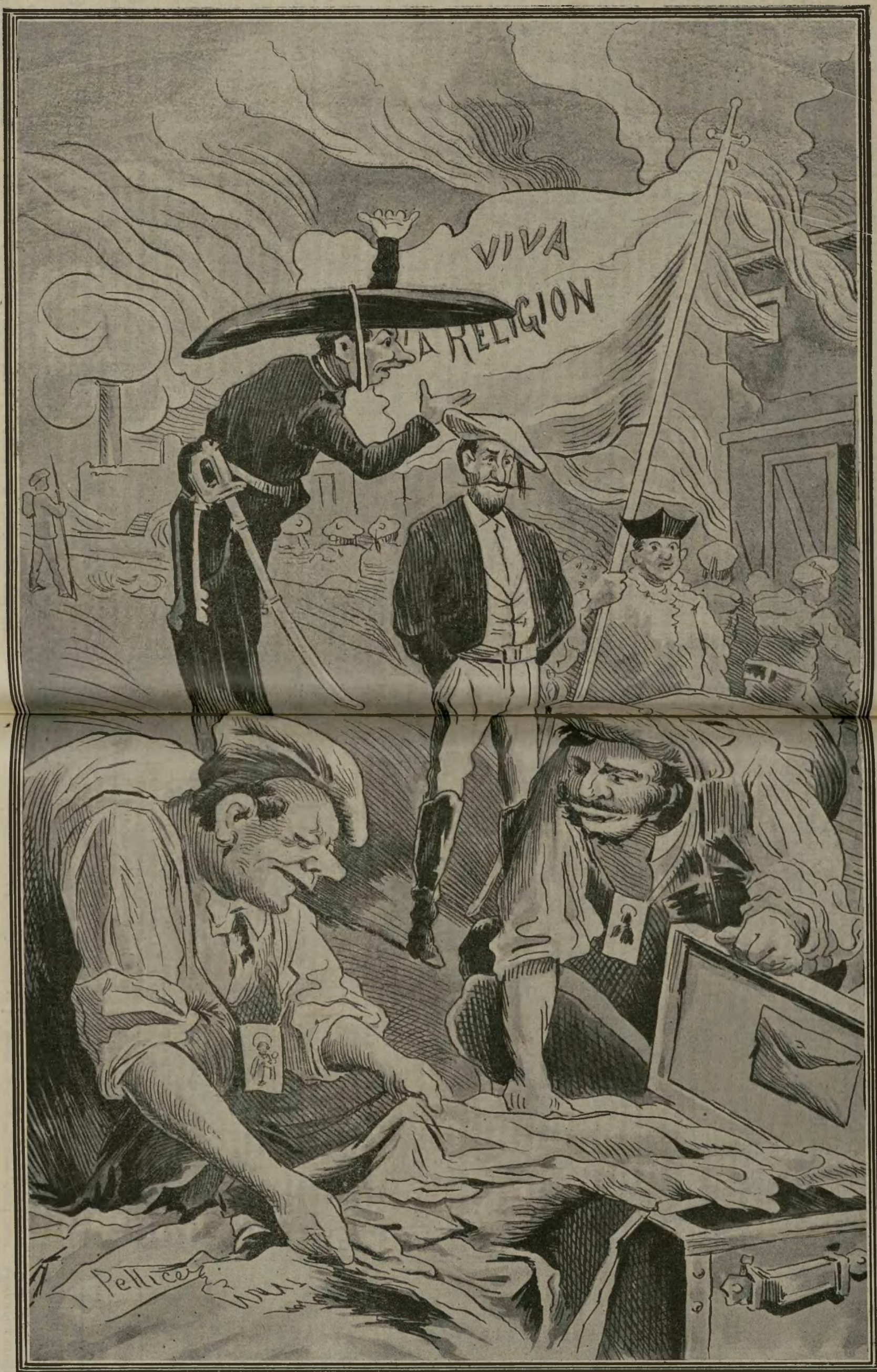
El P. Miguel Mir y

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Estudio histórico-crítico
de S. Pey Ordeix.

Un tomo de 206 páginas,
UNA peseta.

EL MOTIN



Combate de Rajadell entre unos católicos monárquicos y un tren de mercancías.

(GIL BLAS. 21 de Julio de 1872)

Ayuntamiento de Madrid

Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior	5352'93
Antonio Lucea (Vilabella)....	3'25
Esteban Begueña (Layana)...	2'00
P. O. al Sierra (Barcelona)...	2'00
Julián Bachiller (Sevilla)....	2'00
Simón Marquez (idem).....	1'00
José Balcells (E. pluga).....	1'00
Valero Lacasa (Barcelona)...	2'85
Dámaso Salvador (Buenos Aires).....	12'50
Alfonso Ibañez (Buenos Aires)	12'50
Juventud Instructiva obrera radical (Jerez de la Frontera).	2'00
Lloret, Sanchis, Domingo, López, Pérez (A'gemesi).....	4'75
Joaquín Armisen, 1'00.—Juan Casas, 1'00.—José Coma, 1'00.—Raimundo Rufiandes, 1'00.—Francisco Font, 1'00.—Baudilio Balart, 1'00.—Enrique López, 1'00.—Juan Fusté, 1'00.—Antonio Solé, 1'00.—M. Vila, 0'75.—Juan Barraceta, 0'60.—Juan Camell, 0'50.—Magin Prunera, 0'50.—Mariano Oliva, 0'50.—E. Casado, 0'50.—Antonio Resena, 0'50.—Armisto, 0'40.—José Bonet, 0'30.—N. Casinos, 0'30.—Salvador Saló, 0'30.—Francisco Vilanova, 0'25.—Ramón Sebastián, 0'25.—Antonio Barbado, 0'25.—Ramón Palau, 0'25.—José Franco, 0'25.—P. Ufuetta, 0'10.—(Todos de Gracia (Barcelona).....	15'50
José Soto Nerolo, 5'00.—Emilio Sánchez, 1'00.—Juan Rossi Hovre, 1'00.—Salvador Carsaco Pozo, 0'25.—Manuel Arroyo, 0'50.—Enrique Alvarez, 2'00.—Un amigo de la idea, 0'50.—Un anticlerical, 0'50.—Valentín Glabert, 0'50.—Antonio Vázquez Marín, 0'25.—Ramón Sánchez, 0'25.—Antonio Cabrera, 0'50.—Ricardo Casero, 2'00.—Cristóbal Márquez, 2'00.—Sebastián Moreno, 1'00.—(Todos de Algeciras).....	17'25
Rafael Domínguez (La Guardia).....	5'00
Eduardo Vicente (idem).....	1'00
Suma y sigue	5434'53

Paréntesis higiénico

Muy cansados deben estar ya los republicanos que sólo aspiran á que venga la República, de tanto oír hablar de jefes, jefecillos, evoluciones hacia la Monarquía, amenazas á liarlo, y demás farandulerías de repertorio que de antiguo vienen informando nuestra política, en

provecho, ya que no en honra, de unas cuantas personalidades.

¿Que por qué digo esto? Por haberme felicitado varios individuos de mi familia (así llamo yo á todos los lectores de El Motin), con motivo de mi artículo del número anterior, *Pepe y don José*.

El artículo tenía sólo un mérito: el de romper la monotonía del machaconeo constante sobre unos temas, que á mi mismo me van ya aburriendo y empalagando, y que acabarán por colocarme, si no lo estoy ya, en la situación risible de los que buscan el movimiento continuo ó la cuadratura del círculo.

Varias veces pienso:

«¿No me estaré acreditando de necio, al empeñarme en conseguir que los republicanos se aparten del camino que á la impotencia, al descrédito y al ridículo los lleva? (¿Los lleva? Antójameme que debería usar el verbo en pretérito). ¿Qué dirías yo del que se empeñase en vaciar el mar con una cesta? Pues casi sería empeño más hacedero que el que he tomado.»

¡Pero alto aquí! No vaya a ocurrirme lo del que hacía prosa sin saberlo, es decir, no vaya á continuar en este artículo ocupándome de los temas que he calificado de aburridos, siendo así que lo que me propongo en éste, no es si no distraer otro rato á mis lectores con un artículo de índole literaria que publiqué en 22 de Abril de 1900, y que copiado al pie de la letra dice así:

Episodios anticlericales

No, no puede negarse que la cosa ha tenido gracia.

Allá por el año 1873, con menos edad que ahora, ¡ay, bastante menos!, pensaba yo exactamente lo mismo que hoy respecto á que debía combatirse en todos los terrenos á los curas, por ser autores y mantenedores de la guerra civil, amén de enemigos declarados del progreso.

Y por esto, y por comer de paso á fin de tener fuerzas y vigor para moralizarlos, pues ya sentía barruntos de que eso que llaman los creyentes Divina Providencia me reservaba para esta misión civilizadora, díme á escribir episodios de la guerra, en forma representable, en verso todos, y en los que figuraban siempre como protagonista un ministro del Señor, de la especie carca y bandolera.

Enjaretados en pocas horas y sin asomos de conciencia literaria, guardábame bien de cubrirlos con mi entonces desconocido nombre, y eso que los aplausos del público eran para animar, no digo yo á un principiante, á genios avezados á recibirlos á espaldas.

Cae la República, y yo, que en nada había contribuido á su derrumbamiento pues, como relato, dediquéme durante su breve y accidentada vida á combatir desde el teatro á sus enemigos, créime el más obligado á trabajar por su restauración, y engolféme en política, sin abandonar, por supuesto, á mis amados

presbíteros, si bien trasladé su moralización desde el teatro al periódico, olvidándome por completo de los esperpentos supradichos.

Pero estrena ahora el P. Sarmiento su drama *La Marquesa* en el teatro Principal de Valencia, prohíbe las representaciones el gobernador civil, y súbito brota en mi cerebro la idea de reanudar mi campaña teatral contra los verdaderos causantes de todas las desdichas de España; mas al caer en la cuenta de que me falta tiempo para ello, exclamo entrecidido: «¡Quién hubiera guardado aquellas obras maestras de anticlerical propaganda para resucitarlas ahora!»

Un rayo de la clara luz de la esperanza viene á iluminarme súbitamente, y revuelvo libros y papeles, suplico á mi memoria que se digne acorrerme, y ¡oh felicidad inesperada!, ¡oh prueba palpable de que está decidido en las alturas que yo ayude esa propaganda!, tropiezo con dos episodios, los titulados *Dios, Patria y Rey*, y *Ojo al Cristol*; los leo, el amor de padre me ciega, y á los 27 años encuentro en mis hijos perfecciones que no había sospechado, y me decido á exhibirlos con mi nombre. Copio el primero á toda prisa, lo envío á Valencia, y á los seis ó siete días recibo este halagador telefonema:

«Nakens. Redacción MOTIN. *Dios, Patria y Rey*, gran éxito. Dos orejas.—Rodrigo Soriano, Vicente Blasco Ibáñez.»

¡Oh, contentos! ¡Oh, revelación hermosa! ¿Con que mis episodios merecían, en opinión del público del teatro Principal de Valencia, ser sacados de la oscuridad en que por más de un cuarto de siglo habían yacido? ¿Con que aquellos buñuelos que yo confeccionaba como quien hilvana, resultan escritos con *valentía y corrección*, según ha dicho ahora un importante periódico valenciano? ¿Con que todavía pueden sus frases levantar el espíritu liberal y hacer rugir de ira al carlismo?... ¡Inmenso poder del genio! ¡Las obras que él produce, son eternas, inmortales!... Como el vino, ganan con los años.

(Permitidme, amados lectores, que me esponje orgullosamente en este paréntesis, que maldita la falta que hacía aquí).

Emocionado, loco, fuera de mí, agarré las cuartillas, mandélas á la imprenta, compusieronlas, y hete ya á mi *Dios, Patria y Rey* impreso, deseando que las compañías de verso lo pongan en escena, y las de aficionados las imiten, para ver si los liberales se alegran, los carlistas se indignan y los curas trabucaires rabian; y aun pudiera ser que en algún punto contribuyeran á encender las nobles pasiones de la democracia, cubiertas con la ceniza de la indiferencia desde tiempo hace, y abrasar de nuevo los corazones de los buenos, animándolos para combatir al enemigo con úti.

Y como en muchos asuntos el caso es comenzar, he impreso también el episodio *Ojo al Cristol*, de más efecto aún que el anterior, por cuanto coloco frente á frente á un cura tal como deberían ser

todos, desinteresado, tolerante y humano, y á otro, que es como casi todos son, intransigente, avaricioso y carlista, resultando del contraste escenas cómicas de primer orden (¡alábase, Pepito!) que entusiasmaban al público del 73, y que enloquecerían más al de hoy, porque, como existe más fanatismo, más farsa y más hipocresía que entonces, resultarían los tipos de más actualidad y con más relieve.

Y para que no se me crea bajo mi modesta (?) palabra, copiaré un trocito de la escena culminante de la obra, con serlo todas tanto. La situación es esta:

El cura carlista (*don Antonio*) ha insultado al que no lo es (*don Fermín*), mientras se prepara á fusilarle, y éste, que lo ha oído con mucha calma, le responde:

DON FERMIN

Aunque satisfecho estoy de lo fiel de ese retrato, escúcheme usted un rato, verá también lo que soy. Un cura que no creía que su misión en la tierra fuese predicar la guerra á la grey que conducía, sino mantener la luz de la antorcha caridad que nos legó en su bondad. Aquel que murió en la cruz. Un cura que está indignado de ver que otros que lo son cubren con la religión un partido deshonrado, y que perdona y disculpa á muchos que la abandonan, porque los que la pregonan y no ellos, tienen la culpa. Un cura que siempre ha hecho de su ministerio alarde, mas hoy se esconde cobarde bajo de este humilde techo, cual si este ropaje santo de los siervos del Señor fuese hopa de deshonor manchada de sangre y llanto. Un cura que si creyera en el triunfo del carlismo, cogiera un fusil hoy mismo y á combatirlo saliera; porque los carlistas son los únicos que rebajan, al par que ofenden y ultrajan, nuestra santa religión.

DON ANTONIO

¿Te atreves á condenar una guerra sacrosanta?

DON FERMIN

La guerra nunca fué santa; dice el quinto: «no matar».

DON ANTONIO

¿Una guerra que defiende Caixal, ilustre prelado?

DON FERMIN

Ese obispo ha deshonrado lo que enaltecer pretende.

DON ANTONIO

¡Que tu lengua infame, impla, lo ultraje de esa manera!

DON FERMIN

¡Si el Papa lo defendiera, al Papa condenarla!

¿Eh, qué tal? ¿Se explica que el público rugiese de entusiasmo al llegar aquí, y que pidiera, no la cabeza del autor, sino toda su persona, que nunca tuvo el honor de ver en las tablas? ¡Vaya si se explica! Pues bien; no obstante el gran éxito que este episodio alcanzó, tampoco me propasé á darle mi nombre, que ahora le pongo enternecido.

También he encontrado otro episodio, el titulado *Y dice el sexto mandamiento*, en el que hace, como es consiguiente, el gasto un cura carlista. Lo están componiendo y será impreso en la próxima semana, más para evitar quebraderos de cabeza al erudito que dentro de tres ó cuatro siglos pudiera encontrarlo y empeñarse en saber quien fué el insigne autor de esa obra maestra, que por suponer que hoy, dada la megigatería en moda, pueda representarse. Figuran en él una muchacha inocente, de quien un cura facineroso está enamorado, una beata que ayuda al cura en sus pretensiones, y un niño de la Juventud católica que á su vez persigue á la chica; y excusado es añadir que, á menos de falsear completamente los caracteres, la obra tenía que resultar un poquito picante; y al decir un poquito, tal vez peque de modesto en demasía ó de excesivamente pudoroso.

No sé si encontraré algún otro episodio del corte de los apuntados, pues, como representarse, se representaron algunos más, y siempre con gran éxito, dicho sea sin levantarme ningún falso testimonio; pero si no los encuentro, con esos tres, y el célebre *Alza pilili* que corre impreso, y *El primer aniversario*, que también anda en letras de molde, bastan para patentizar tres cosas:

Primera: que no andaba yo muy mal de condiciones, al comenzar la vida, para haberme dedicado al teatro.

Segunda: que como este género literario es el único que da dinero en España, como negocio me habría tenido más cuenta cultivarlo, que no meterme en andanzas de política redentora, sin aspirar á ninguna clase de medro.

Y tercera, (y es la que me importa dejar bien sentada) que mi campaña contra el clericalismo data del tiempo aquel en que comencé á emborronar cartillas. Amaba ya entonces la libertad con tal vehemencia, que no desperdiciaba ocasión alguna de reventar á los que con más furor y más constancia la odian y la combaten; habiendo aumentado éste mi batallador anhelo á medida que he visto á liberales, demócratas y republicanos transigir con los que detuvieron á España en el camino de su regeneración, y han acabado por hundirla en el lodazal de todas las vergüenzas intelectuales, morales y físicas; lodazal en que

tal vez se asfixie, si no tiene pronto un arranque de esos que elevan, engrandecen y dignifican á un pueblo.

¿Qué les ha parecido el artículo á mis lectores? ¿Estreñido, verdad? Pues quedo contento, porque les he ahorrado leer en el espacio que ocupa, la cantata 25 631 sobre el mismo motivo de *unión, sinceridad, abnegación, desinterés*; cantata que ya muy pocos escuchan, y que menos aún tararean luego.

Siga yo recibiendo pruebas de que á los republicanos de mi familia les agrada apartar de cuanlo en cuanlo la mirada del cuadro de nuestras miserias y pequeñeces, y ya procuraré distraerlos, bien con escritos ajenos publicados, bien con los que se me vayan ocurriendo.

Y así iremos alternando la indignación con la sonrisa, y podremos parodiar lo de los chiquillos que decían: «en casa no comemos, ¡pero lo que nos reímos!»...

Y parodiarlo incongruentemente en esta forma: «La República no viene, pero ¡cómo pelean todos esos!»...

La alborada de la carne

Un horror grande y mudo, un majestuoso silencio amortajaba al mundo el día del Pecado...

Y Adán, viendo cerrarse la puerta del Edén y contraerse el rostro de Eva que miraba el inextricable desierto, dijo:

«¡Acércate, entra en mí! Entrega tu carne á mi carne!... ¡Bendeciré tu crimen y acogeré tu pena, beberé beso á beso tus lágrimas! Aprende cómo puede amarse al Amor aun renovando el Pecado. Descansa tu convulso seno sobre mi pecho!»

¡Miral! Todo nos rechaza... Todo despidе contra nosotros el mismo horror y la misma indignación. La cólera de Dios abrasa los árboles y destroza la floresta, como un huracán de fuego hace que reventen los volcanes y arremolina el agua de los ríos. Ruge tristemente el mar, el cielo se turba y las estrellas se llenan de estremecimientos...

Pero, ¿qué importa Dios? Desata tu cabellera y caiga como un velo sobre tu desnudez. ¡Vamos! Puncen, en buena hora, tu piel los insectos, ensangrienten tus brazos las zarzas, surjan fieras en tu camino, y, vién tóte estremecer á través del matorral, enrédese entre tus pies la sierpe... ¿Qué importa? El amor, botón apenas entreabierto, ilumina el destierro y perfuma el camino. ¡Te a loro! Soy feliz, porque el Edén perdido lo traigo todo llevando tu cuerpo adorado. ¡Puede en derredor nuestro anquilarse todo! Todo renacerá al retiro de tu mirada; mares y cielos, árboles y elevados montes, porque en tus entrañas arde la vida perpetua. Ríos correrán de tus ojos si llorares, pero flores brotarán de tus labios si cantares. Y si en torno á tu cuerpo encantador y desnudo todo muriera ¿qué importaría, si tú eres la Naturaleza? En tanto que eres mujer has pecado, pero bendito aquel

momento... En él me revelaste el amor á través de tu falta. ¡Bendito el momento en que me revelaste la vida con tu crimen! Porque, libre de Dios, sublime y redimido, quedé sujeto á la tierra por la luz de tus ojos...

¡Oh tierra, eres mejor que el cielo!
¡Hombre, eres más que el propio Dios!

OLAVO BILAC

Rabaneras picadas

El papel integrista *La Traición Navarra* afirmó que la doctrina expuesta por el jesuita Coloma en una conferencia que dió al clero de Vizcaya, había sido condenada en Roma, y que el folleto que publicó sobre el mismo asunto se había quemado en Deusto.

La Constancia, de San Sebastián, reproche al suelto y censuró duramente al obispo de Vitoria por haberle negado veracidad.

Y como el papel integrista de Pamplona se ratifica en cuanto dijo en términos irrespetuosos, el arzobispo de Burgos ha prohibido, bajo pena de pecado mortal, la lectura *La Tradición Navarra* en la diócesis de Vitoria.

Con este motivo todos los papeles de número Ciento se atacan bestialmente, y se echan en cara defectos de fariseísmo.

Y todos tienen razón.

¡Ratas que chilláis en la cloaca!... ¡Curachas que os agitaís en las carboneiras!... ¡Reptiles que os mordéis en los pantanos!... ¡Sapos que os revolcáis voluptuosamente en el fangol!... ¡Escuerzos que semejáís gemidos en las cuevas!...

Suscribíos á los papeluchos neos, para convencerlos de que sois modelos de limpieza, pulcritud y buena educación, comparados con los letrinecos impresos de la Buena Prensa.

Curación milagrosa

En *El Eco de Benavente*, periódico católico, número 235, leí un suelto que se titulaba *Curación milagrosa*. El último lunes no se hablaba en esta villa de otra cosa que de «el caso peregrino».

Un jovencito llamado Germán Domínguez sufrió un golpe en una pierna, y no sólo quedó cojo, sino que también se le presentaron vómitos de sangre. Sus padres, alarmados, llamaron al médico, y al no tener mejoría en el tiempo que lo trató, llamaron á otro para tener una consulta, y de acuerdo los dos aconsejaron á sus padres que lo llevarán á la clínica del señor Otero, en La Bañeza, para que con el auxilio de los rayos X se inspeccionara la región enferma.

Esperando el resultado, el último domingo le condujo su madre á caballo desde la huerta al domicilio del médico de cabecera para que le viese y lo curase; al regresar se hallaron con doña Dolores López, profesora de primera enseñanza, la que, compadecida de ambos, ofreció al Germán agua de Lourdes para que la Virgen obrase con él un milagro, curándole. El joven la bebió con fe cristiana para re-

cobrar la salud perdida, se despidieron, y Germán, montado en un borriquito y acompañado de su madre, se encaminaron de nuevo á la huerta. En el camino le llamó la atención al muchacho un objeto, se arrojó él solo de la caballería, y desde entonces estaba completamente bien. «Milagro y grande».

Voy á citar un caso que en el pueblo que sucedió lo bautizaron con el nombre de milagro.

El día de San Pedro hizo años, venía de León, León, que así se llamaba mi criado, con el carro cargado para esta plaza con 300 arrobas de hierro. Al pasar por Benamariel á las tres de la mañana, tropieza la caballería de varas y cae, cargando todo el peso del carro sobre ella, en ocasión que pasaban unos labradores; le ayudaron á sacar la mula del peligro en que se hallaba; intentaron llevarla á Villamañán, pueblo que en aquella época residía León, que dista cinco kilómetros, pero no pudieron llevarla porque no podía dar un paso. Al llegar me dice lo sucedido, y en compañía de mi amigo el señor de Velasco, profesor de Veterinaria de primera clase, nos fuimos á verla, y después de examinarla me dice: «Si quieres que la empotremos hay que llevarla en un carro, pues no puede dar un paso y no respondo del éxito, porque la paletilla está muy hundida y creo que se dislocada; tendrías más cuenta matarla».

Al llegar á casa mandé llamar al que desuella las caballerías para que fuera por el pellejo. Al día siguiente por la mañana se puso en camino. Al poco tiempo volvió sin haber hecho la operación, porque la caballería no pareció ni le dieron razón de ella. Volví al pueblo, y á mi llegada, en un corrillo había mucha gente y me dicen: «Bien puedes mandar unas velas y unas misas á San Pedro, porque el guarda en el va le cogió la caballería y está completamente bien. Es un milagro».—Milagros no hay.—¿Aún quieres negarlo, cuando por todos estaba sentenciada á muerte y hasta por el veterinario? Eres un incrédulo; es el milagro más grande que tiene hecho San Pedro, y sólo al milagro debe su salvación la mula».

Al llegar á casa la vió el amigo Velasco y me dijo que sólo viéndola se podía creer, porque parecía imposible que hubiese vuelto la paletilla á su lugar; mas no hay duda que el hambre y la sed es muy negra, y haciendo un esfuerzo se levantó, y debido á ello se colocó la paletilla en su lugar y quedó bien. ¿Quien tendrá más razón? ¿Los inocentes que creyeron que la curación era debida al milagro de San Pedro, ó el señor veterinario de primera clase? Los que creen en los milagros tienen la palabra.

Y vamos de milagros:

Un cura tenía el ama enferma y la mandó á la montaña para que la curase una mujer que creían milagrosa. Las vecinas decían: «Solo podrá salvarla la milagrosa; pidamos á Dios por su salud; ¡es una vecina tan buena! No tardó mucho en volver completamente bien. Las vecinas ofrecieron misas por el milagro que la milagrosa, con la ayuda de Dios, había conseguido».

El cura, para evitarse el volverla á mandar á la milagrosa curandera, trató de casarla. Llamando á un joven pastor, le dijo: «Te vas á casar con mi ama».—Señor, como es para toda la vida, hay que pensarlo mucho.—Nada de pensar. Te doy mil pesetas, compras ovejas y te quitas de servir, y para que pogréséis, por el día puede es-

tar en mi casa, abonándola el sueldo, y por la noche en tu compañía.—Tengo que pensarlo.—Nada de pensar; á casaros y nada más.—¿Sabe usted lo que he pensado? Que el que abrió la puerta que la cierre; que ya no se aparecen las vírgenes á los pastores.

Y ahora el que quiera creer en los milagros, que crea. Yo pienso como el pastor.

SATURIO MUÑOZ

Benavente.

La semana clerical

«Por sus frutos los conoceréis».
(San Mateo, VII, 20).

Nakens es incansable y su odio al clericalismo halla siempre nuevas y eficaces formas y maneras de combatirlo. Si en España hubiera habido una docena sólo de luchadores tan convencidos y entusiastas como él, el liberalismo no arrastraría entre nosotros una vida tan vergonzosa como lleva, ni la reacción se alzaría tan descocada y cínica como hoy se presenta. La cobardía de nuestros liberales ha esterilizado los esfuerzos de muchos campeones de la cultura; y la obra de Nakens hubiera producido frutos copiosísimos, si la complicidad de los falsos liberales con los reaccionarios no hubiera ido inutilizando la semilla que este laborioso luchador arroja en los surcos de nuestro país. A Nakens se le ha acusado de ser sólo un demoledor, un destructor, un brazo que sólo ha sabido empuñar la piqueta demoledora, de que no ha edificado nada. Esto no es cierto; Nakens ha edificado y ha construido, limpiando de malezas y ruinas el corazón y el cerebro de los españoles, dejando el terreno limpio y expedito y puestos los sillares para que en ellos se alzara el suntuoso palacio de la Razón, libre de trabas, sombras y cadenas. ¿No edifica y coopera á la construcción del edificio el que desembaraza el terreno de obstáculos, rémoras e impedimentos? Edifique el que pueda, sepa ó quiera, ya que le dan la área de terreno limpia y pulida y hecho ya el trabajo más penoso y de menos brillo; un hombre no puede llenar todos los fines y misiones, aunque tenga la inteligencia privilegiada de Nakens y un corazón tan sano como el suyo. El ha derribado los falsos ídolos de los altares; los hombres de buena voluntad tienen las aras dispuestas; coloquen en ellas las divinidades que la Justicia y la Razón asignan para la Humanidad.

Nakens ha empleado en su larga y penosa labor todos los géneros literarios: la prosa y el verso, el teatro, la crítica, la polémica, la controversia y el más refinado humorismo. En todos sus escritos injerta su agudo ingenio frases de punzante y festiva ironía; sigue el precepto del clásico, y *castiga riendo mores*, clericales y abusos de la reacción. La amenidad que campea en todos sus trabajos es lo que les comunica esa lozanía, ese atractivo, ese perfume que los mantiene frescos y vivos, surque hayan pasado por ellos muchos años que no han lo-

grado marchita los. A la larga serie de las obras publicadas por esta voluntad de hierro, tenemos que agregar hoy *La musa anticlerical*, una colección de poesías festivas, de la cual ha salido el primer tomo, y que pronto se hará popularísima por su gracejo, variedad, ingenio y chistes de buena ley. En ella figuran firmas recogidas: Sinesio Delgado, Pérez Zúñiga, Campoamor, Bartrina, Estrañi, Mariano de Cavia, Taboada, y otros peregrinos ingenios.

Es libro que hace pasar un buen rato y que deben adquirir los anticlericales de verdad, que ¡y! son tan pocos...

El ex capitán Sánchez, que se comía á besos á la Virgen del Carmen mientras descuartizaba á Jilón, ha comunicado á un periodista su gran indignación por los propósitos de suicidio que se le han atribuido, pues dice que sus creencias religiosas no le permiten ejecutar tal acto. Ha hecho constar que siempre ha creído en Dios, aunque ahora duda que lo haya, en vista de lo que le pas; y mientras decía esto besuqueaba el escapulario de la Virgen del Carmen, que tiene colgado á la cabecera de la cama. Sólo en el catolicismo se dan estos contrasentidos: criminales empedernidos que se jactan de religiosidad y amalgaman los escapularios y la devoción á los santos con el puñal y el veneno. ¿Ha sido religioso en verdad el capitán Sánchez? No: porque la verdadera religiosidad es incompatible con la perversidad de alma que él ha demostrado. Sánchez es un supersticioso á lo católico, un místico formado al arrullo de la Iglesia, que deja vivas todas las pasiones con tal que se guarden las formas y se la rinda homenaje. Además, sospechamos que estos fervorines religiosos que ahora acometen á este asesino impenitente, pueden ser muy bien una *combinación* que se traiga, pues quizás juzgue, y no va descaminado, que si ahora se echa en brazos de la Iglesia, se confiesa y empieza á solicitar el consuelo de frailes y jesuitas, es muy fácil que salve el pellejo, quedando recuñado como enfermo incurable. En fin, ya veremos. Por lo pronto los clericales ya empezarán á mirarle con simpatía y el tiempo nos reserva grandes sorpresas. Estaremos al tanto.

Decididamente la Providencia se ha vuelto *anticlerical*. Desde la semana pasada hasta la presente he contado más de doce rayos caídos en iglesias, en España y en el extranjero; y como los rayos y tempestades son castigos de Dios, pues... saquen ustedes la consecuencia. El último caso ha sido terrible y copio la noticia de un periódico:

«En el pueblecillo de El Pueyo de Marguillán, cercano á la villa de Graus, se ha desencadenado una horrorosa tormenta.

Siguiendo una tradicional costumbre, salió de la iglesia el párroco revestido para conjurar con sus rezos desde el atrio las nubes amenazadoras.

Numerosos fieles acompañaban al sacerdote en sus plegarias. El cielo conti-

nuaba cubierto, los relámpagos se sucedían con frecuencia aterradora y los truenos conmovían el espacio.

Cuando mayor era el fervor de los creyentes, un vivísimo relámpago rasgó las nubes, y el párroco, D. Joaquín Laplana, cayó muerto por una chispa eléctrica.

Presa de terror y pánico extraordinario, los fieles huyeron en su mayoría á refugiarse en el interior del templo y sólo unos cuantos hombres valerosos acudieron á recoger al carbonizado cadáver del desgraciado sacerdote.»

La muerte de este cura hay que cargarla á la Iglesia en su cuenta, pues el *Ritual* romano manda que se exorcisen las nubes y las tempestades, porque *las forma el demonio*. ¡A tal altura se halla la ciencia de la Iglesia en fenómenos atmosféricos! Y pone una plegaria pidiendo á Dios que la nube vaya á descargar *fuera de país católico*. Si; al infiel y al hereje, ¡robarlo cuanto se pueda. Lo malo es que las chispas eléctricas tienen afición á los campanarios, á pesar de la práctica católica de tocar las campanas durante las tempestades, las cuales, según los autores eclesásticos, tienen la virtud de alejar los nublados como afirman el Padre Mach y el presbítero Lobera, aunque á veces caiga el rayo y consuma y carbonice á la misma Eucaristía, ó sea á la carne divina de Cristo, dándose el incomprendible espectáculo de Dios, autor de la Naturaleza y de todas sus leyes y efectos, destruyéndose á sí mismo. ¡Misterios insosondables!

FRAY GERUNDIO

El Diluvio, Barcelona.

Delirio sociológico

Una noche, al caminar por una calle céntrica de las antiguas, me extrañó que mi ánimo se suspendiera al ver una escena de la vida que presenciara mil veces y que, por eso, no me conmovía ya: un hombre, tendido á la puerta de un palacio, dormido con el sueño de los justos ó con el de la muerte y con cara de San Francisco de Asís.

¿Por qué llamó mi atención aquel ex hombre, después de haber conocido á muchos de la misma especie, jóvenes, llenos de ardientes y legítimas aspiraciones, de imaginación portentosa, de fuerza plástica cerebral para las grandes creaciones del Arte, para brillar con luz propia en la ciencia en la política y en las letras, y que, sin embargo, sucumbieron á la carencia de recursos, á la grosería ó á la impiedad de un pequeño sátrapa, de un sátrapa ridículo, despreciable, á una puñalada del positivismo grosero, á una risotada de un necio, á la orula de un estúpido ó á la feroz resistencia de la turba que por sus bajas facultades logra escalar las cumbres y desde ellas impide al verdadero valer que avance, lo aniquila, lo acobarda, le obstruye todos los caminos, lo paraliza ó lo asesina?

Yo no sé, ni lo sabré nunca, qué fuerza extraña y misteriosa me detuvo á examinar cosa tan vieja como un «caído» á la puerta de una mansión señorial.

Al lado suyo había un papel envuelto. Rasgué la cubierta de aquel rollo con ma-

no trémula, cual si temiera ser sorprendido en una acción mala; era un súplica al dueño del palacio; pero una súplica que pretendía solucionar el más difícil, el más grande, el más pavoroso de cuantos problemas agitaran á la Humanidad: el problema social.

Decía de este modo el documento:

«Gran señor:

Dando vueltas y más vueltas por vuestra calle, por la acera de vuestro magnífico palacio; semidesnudo, sin esperar nada de los hombres, sin fe en el porvenir, casi resuelto á romper el hilo tenue del ideal que me liga á la vida, acerté á ver que al lado de ese laboratorio moderno en donde la Química y el Arte sirven á la gula, al paladar, al dios vientre; formando ángulo recto con la cocina, por cuyas rejillas se exhalan vaharadas que son insultos para los hambrientos, están las cuadras para vuestros caballos.

¡Qué albergues, gran señor! ¡Qué inferiores somos algunos hombres a muchos caballos!

Verdad es que cualquiera de vuestros hermosos animales, de esos animales que satisfacen vuestra vanidad y os engrandecen á los ojos de los satisfechos, vale diez, quince, veinte ó treinta mil pesetas, y un hombre... Un hombre no vale tanto.

Los albergues de vuestros caballos hallanse perfectamente enlosados. Los pesabres son de puro mármol. Las paredes están revestidas de roble barnizado. Y frente á cada bruto, más alta que su cabeza, hay una artística cartela, en la cual están esculpidos con letras doradas su nombre y vuestros blasones.

Señor poderoso: En el albergue de vuestros magníficos y bienaventurados caballos hay remates de bronce tallados y torneados; hay brazos preciosos que sostienen lámparas eléctricas, cobijadas por tulipas de todos colores, caprichosamente armonizados.

Vuestros nobles brutos tienen el cuero reluciente, los cascos bruñidos. Cubren sus lomos y sus flancos mantas de riquísimo paño ribeteadas de color distinto y bordadas con vuestras iniciales y con vuestros escudos. Disponen de servidores diligentes, de médico y de farmacia, de lo que muchos hombres carecen, á pesar de la caridad y de la fraternidad humana, y hasta los cuales no han llegado, ni llegarán hasta sabe Dios cuando, los refinamientos del «confort» ni los adelantos de la industria ni de la ciencia.

Pues bien, mi noble y respetable señor: yo, que os considero creyente á machamartillo, en posesión de esa sólida producto natural y lógico de uno ó de varios millones de renta; yo, que os considero hombre de vuestro siglo, que rinde culto al lujo y á la vanidad y puede satisfacer toda extravagancia; yo, que no soy un soñador ni un visionario; yo, que no soy socialista ni anarquista, sino hombre de mi tiempo, hombre práctico, educado á la moderna; yo, que creo respetable el triunfo de los hábiles, de los osados y de los cínicos; yo, que estoy conforme con las impiedades brutales y discordantes del loco Nietzsche, de aquel pobre ser que hubo de precisar la inmensa piedad de los humildes, de aquellos á quienes flagelara y afrentara, negándoles hasta la condición de personas; yo, que creo en aquellas terribles afirmaciones que el gran poeta lusitano pone en boca de los desalmados que reinan, en «La muerte de Don Juan»: «La conciencia es un vientre, y el

corazón, un músculo; yo, que creo que los humildes y los caídos bien caídos están, ya que carecen de aptitudes para hacer presa en los bienes ajenos y para dejarse explotar, he sido inspirado, he tenido una idea luminosa, se me ha ocurrido una idea grande—y perdonadme la inmodestia—brillante, redentora, y á nadie como á vos podría dirigirme para que esa gran idea tomara cuerpo.

Ella habría de aumentar vuestra fama de original; ella acabaría para siempre con el socialismo, sin que el apodado burgués por las envidiosas y poco resignadas masas sufra el menor quebranto en sus intereses. Permittedme que la esponga.

En vez de emplear caballos para que tiren de vuestros carruajes, troncos lujosos que exhiban á las espléndidas bellas que á hurto de vuestras esposas os acarician; en vez de emplear caballos para montarlos y para que corran en el Hipódromo, ¿no podríais emplear hombres, y de ellos con preferencia los que se dedican al estudio del arte, de la literatura, de la ciencia, de la pintura, y de la política, por ser los más desadaptados, los más difíciles; gente cilla de poco más ó menos y siempre peligrosas en las repúblicas bien gobernadas?

Si vos sois el primero en realizar lo que acabo de exponeros, os pondréis de moda. Luego, como la imitación es facultad muy desarrollada, no os faltará quien os siga, á la par que acalláis á los necios que, porque nada heredaron ni supieron agenciárselo, con el estómago ayuno, aullan y se exasperan por un ideal que no ha de redimirlos de nada y ha de producir graves perturbaciones.

Espero me habréis de perdonar la mala obra que, si accedéis á mi súplica, pueda hacerles á los caballos privándolos de tan jugosos empleos. Hoy, más que nunca, hay que luchar despiadadamente por la vida, y no es cosa de que nos detengamos en escrúpulos ni en sensiblerías cursis, que no conducen á nada bueno.

La época es ruda, y si los caballos su pieran escribir y se hallaran en lugar nuestro y nosotros en el de ellos, presumo que no les arredraría dar este mismo paso que yo doy, ni el amor á la justicia ni el que nos tuviesen como á prójimos.

Si os dignáis atender mi súplica, podéis comenzar utilizándome á mí como caballo.

No tengo domicilio, soy artista y filósofo, y me encontraréis siempre respirando el insultante vaho que sale por las rejas de vuestra cocina, admirándoos á vos y á vuestros caballos, y sobre todo, á la Divina Providencia, que si no vela mucho por las multitudes, ó sea por los desheredados, en cambio, vela con paternal interés por los animales privilegiados.

Dios guarde á V. E. muchos años... etcétera etcétera.

Al acabar la lectura del anterior documento; tentaciones me asaltaron de despetar al caído que á la puerta del palacio dormía con cara de San Francisco de Asís.

Mas como sé que á un desdichado se le infiere siempre un dolor más punzante si se le obliga á cambiar de postura, pues la siguiente ha de ser mucho más incómoda, me decidí á quedarme con el papel y á publicarlo—hoy que tantas cosas buenas se publican—á título de curiosidad, ó co-

mo uno más de tanto sistemas sociológicos.

Por el hallazgo y por la coopia,
DOMINGO ALVAREZ

Coro de obispos

«Según dice un telegrama de Roma, el Papa, preocupado por los insuficientes conocimientos que algunos preladados poseen de la lengua latina, ha decidido que no puedan ser nombrados obispos en lo sucesivo más que aquellos que hayan demostrado que el latín les es absolutamente familiar.

El telegrama añade: «Esta medida parece dirigirse especialmente contra los obispos de origen español y americano.»

(De «El Imparcial».)

Lo he leído, y me hago más «cruces» que un tranvía.
¡Prelados que no saben latín! ¿Quién lo diría?...

¿Que son americanos los tales, y españoles?...
¡Pues sí que el caso tiene tres pares de bemoles!

Siendo—cual es—latino de origen nuestro idioma, ¿cómo ignorar la lengua que un día se habló en Roma?

¿Como es pos ble, ¡oh, cielo!, que el Papa los recuse, diciendo que no saben siquiera el «musa, musæ»?

Si en nuestros seminarios hay tantos «latinistas», ¿qué diantres les enseñan á los seminaristas?

Y éstos, ¿qué fruto sacan de tales seminarios, si no entienden sus libros de horas ni sus breviarios?

Ahora, lector, me explico por qué dicen las misas los sacerdotes como se les metieran prisa...

Mar, puesto que no saben desempeñar su oficio, ¿cómo es que, aun no sirviendo, cobran cualquier servicio?

¿Por qué, si les estorba lo negro en los misales, por una misa exigen tantos ó cuantos reales?

¿De qué han de aprovecharnos sus rezos y oraciones, responsos y homilias, conjuros y sermones?

¿A que, al final, nos salen los curas uncs «puntos»

que explotan á los vivos] en bien de los difuntos?...

Yo, al ver ese despacho que «El Imparcial» traía, me hice («gún he dicho) más «cruces» que un tranvía.

Yo, como siempre á caza voy de un suceso raro, metile las tijeras sin el menor reparo.

Por más que los obispos no habrán de agradecerlo, creí que mis lectores debían conocerle...

Y así, al varón devoto y á la mujer beata les digo que cjo tengan al Cristo, que es de plata.

¡Prelados que no saben latín! ¿Quién lo diría?... Nada, lector: ¡que me hago más «cruces» que un tranvía!...

CARLOS MIRANDA

¡LIBRE!

La primera vez que Juan no quiso comer su sopa porque no le gustaba, su padre le dijo:

—Haz lo que quieras; eres libre para no comerla.

Sin comprender exactamente en qué consistía esta libertad, Juan no comió la sopa, pero á las pocas horas el estómago le atormentaba pidiendo lo suyo, y Juan se consideró dichoso cuando su padre le autorizó para comer la sopa que había despreciado. Sólo que entonces hubo de comerla fría.

Fué este el primer contacto de Juan con la libertad, y siempre conservó de él un recuerdo áspero y desagradable, recuerdo —¡ay! muchas veces vivificado.

Cierto día Juan no tenía pantalones; su padre le dijo:

—Ponte los pantalones de tu hermano Teodoro y vente, que vamos á ver al cura.

Juan miró á su hermano menor que él, y respondió:

—Jamás. Me están muy pequeños; todos se reirían de mí y además tendría frío en las piernas.

—Haz lo que quieras—replicó su padre; —eres libre para estar sin pantalones.

Hacía frío, Juan se helaba y cedió.

—Vamos á casa del cura—dijo su padre.

Y salieron. La nieve le entraba á Juan por los agujeros del calzado, le azotaba las piernas que el viento hacía insensibles, y aunque Juan era libre de ir á casa del cura ó de volverse á la suya, siguió á su padre.

—¡Buen tipo!—exclamó el cura, moviendo la cabeza.—¿Va á hacer la primera Comunión?

Y sin aguardar respuesta dijo al ama:

—Sácale á éste unos zapatos y un traje. Y mirando á Juan añadió:

—Hay que venir á la doctrina todos los jueves de nueve á once y los domingos á la misa de nueve...

El cambio de indumentaria se efectuó en la cocina. El cura y su ama se retiraron discretamente.

Efectuado, el cura despidió á Juan:

—Los jueves y los domingos, sin falta. Tendrás un par de zapatos y un traje cada tres meses. Ahora, que yo no obligo á nadie, tienes libertad para no venir; pero entonces no habrá traje ni zapatos y me volverás los que te di.

Juan volvió á su casa alegre, orgulloso. Llegado á ella se dejó contemplar de sus hermanos y hasta toleró que tocasen el traje.

La vez de su padre le sacó de aquel éxtasis.

—Tú; quítate eso.

Juan obedeció, aunque con mucha calma. Se quitó la ropa, la dobló cuidadosamente y la puso sobre la cama.

—Antonia—dijo el padre á su mujer—mira á ver si puedes sacar de eso dos trajes para los pequeños.

¡Para los pequeños! ¡Su hermoso traje de abrigo! Juan saltó sobre el traje y quiso apoderarse de él. Ya le había cogido la madre.

—¡Es mío! ¡No quiero que le corten!

El padre cogió á Juan de un hombro, le llevó á la puerta, la abrió y le dijo:

—Eres libre.

Seguía haciendo frío, Juan estaba casi desnudo y suplicó:

—No, no. ¡Que corten el traje!

Cambiaron los tiempos, su padre tuvo trabajo, hubo cierto bienestar en su casa y pudo asistir á la escuela, donde, no obstante la disciplina, se encontró algo más libre que en su casa, porque en ésta su voluntad sufría lamentables eclipses.

Asistió á clase con regularidad, y observó que la enseñanza estaba saturada de libertad: «el hombre nace, vive y muere libre», le decían.

Que hubiese alguna contradicción entre esta enseñanza y el rigor impuesto por la disciplina; que las sanciones fuesen un atentado contra la libertad; que cuando él se sentía inclinado á creer una cosa en los exámenes ó en las lecciones se le exigiese que creyese otra, él no tenía importancia. Joven aún, un día hizo la cruel experiencia de decir sinceramente su opinión. No era ésta ciertamente ni mejor ni peor que otra cualquiera, pero si él tenía libertad para exponerla, los examinadores tenían también libertad para no aprobarle.

De esta experiencia sacó la siguiente conclusión:

—No tengo libertad para decir lo que pienso, pero sí la tengo para decir lo que no pienso.

Encantado de esta conclusión trabajó de firme llenándose la cabeza de burradas, y á fin de curso tuvo la gloria de verse entre los premiados.

Así concluyó sus estudios, y el último escuchó de labios de su maestro la frase consagrada.

—¡Ahora, hijos míos, sois libres!

—Bien ¿y qué voy á hacer ahora?—se preguntó:

Encontró trabajo muy mal retribuido. Escuchando los consejos de sus amigos entró en la administración, donde si el sueldo es corto hay la seguridad de un retiro que asegure la libertad en los días de la vejez. Pero aunque trabajaba de firme tuvo la desgracia de no agradar al jefe, y no ascendió. Una vez se lo dijo.

—¿No está usted contento? Pues es usted libre de dejarlo.

Su vida fué una triste novela. Erró por las calles en busca de trabajo... Un día que tenía tanta hambre y tanto frío como en los ya lejanos días de su infancia, cuan-

do andaba melancólicamente por las calles sintió una mano que le cogía del hombro y una voz áspera que le decía:

—¡Venga usted conmigo!

Libremente obedeció y desde entonces anduvo de casa en casa en el frontis de las cuales se leía *libertad*, casas que eran ó prisiones ó antecámaras de prisiones. Y ya no tuvo ni hambre ni frío, y á causa de su edad y de su naturaleza arruinada gozó una libertad que jamás había gozado, tanto que deseó estar siempre preso, esto es, privado de libertad.

Una mañana le hicieron salir de su celda y le dijeron:—Es usted libre.

Fué este el golpe supremo. Entonces recordó las últimas palabras de la declaración sublime: «y muere libre».

Y el carcelero jamás comprendió por qué lloraba y sudaba de angustia aquel viejo sentado en los escalones de la cárcel, que parecía no querer abandonarla, acaso porque sentía que no iba á morir tan pronto...

POL VARTON

¡Sacrilegio!

Ha surgido un conflicto entre Hungría y Turquía á causa de unos elefantes albergados en un espléndido pabellón del parque recién inaugurado en Budapest.

El pabellón fué construido al estilo oriental, y presenta todo el aspecto de una mezquita con sus minaretes, rematados con la media luna.

Un turco que visitaba como turista Budapest, creyendo que se trataba de una mezquita auténtica, entró en el pabellón para hacer sus oraciones. ¡Y cuál no sería su sorpresa y su horror al encontrar en vez de creyentes un grupo de elefantes!

Indignado, corrió á quejarse ante el cónsul otomano en Budapest, quien á su vez envió un informe detallado al Gobierno de Constantinopla.

Hubo cambio de notas, quejándose la Sublime Puerta de que se hiciera mofa tan grande de la religión musulmana, y el Gobierno húngaro, para calmar las susceptibilidades de Turquía, ha ordenado que se quiten las medias lunas que coronaban los minaretes del pabellón destinado á los elefantes.

Me parece bien que los turcos protesten de que se ponga la media luna, símbolo de su religión, en las cuerdas. Con esto prueban que no son tan despreocupados como los católicos, que fijan en toda clase de viviendas, sean palacios episcopales, casas de prostitución, conventos, tabernas, etc., etc., la consabida placa del *Corazón de Jesús*; como la imagen de San Antón en las parideras de reses; como... Sería el cuento de nunca acabar si á enumerar fuese las profanaciones de esta clase que cometen los católicos.

Verdad es que en el cristianismo los animales representan un gran papel: burros, toros, caballos, leones, perros, cerdos, se ven en los altares; y aguilas, cuervos, gallos, palomas y otros volátiles; y peces de varias clases. No, lo que es los animales, no pueden quejarse de que los rechaza el cristianismo; antes bien los

hacen y los enaltecen. Apenas hay santo que no tenga su animal adjunto.

En esto, apasionamientos á un lado, hay que reconocer la superioridad de la religión católica sobre la mil y pico reconocidas oficialmente, todas verdaderas para sus creyentes respectivos.

El catolicismo y las fieras

He aquí una lección de caridad que no conoce la Iglesia:

«Ha dado en Londres una curiosa conferencia el explorador inglés Raincy, que recientemente recorrió cazando parte del África central.

Dijo, entre otras cosas igualmente amenas, que las fieras se respetan mutuamente, pactan convenciones, que ninguna viola, y observan las reglas de una etiqueta complacida.

Consideran los abrevaderos como sitios neutrales, y jamás se atacan en ellos ni en sus cercanías.

Los enemigos más implacables entre la fauna de las selvas vírgenes centro africanas, si se encuentran cuando van á beber, se saludan políticamente.

Y hay una especie de protocolo que regula el orden en que los animales salvajes se aproximan al agua.

El rinoceronte pasa primero.

Cuando ha bebido, se acerca el león.

Así que éste acaba se adelanta el leopardo.

Y luego siguen otras fieras.

En cuanto á las jirafas y gacelas, tímidas de suyo, se reservan los últimos puestos.

Agrupadas á algunos pasos del agua, aguardan en silencio á que las fieras beban, y sólo cuando éstas lo han hecho se acercan á su vez.

Jamás son atacadas mientras se mantienen dentro del terreno neutral.

De manera que las fieras, una vez satisfecha su sed, dejan que las demás beban...

Pues en la civilización católica ocurre lo contrario. El Padre Santo tiene vacías mil habitaciones y cien mil iglesias, en tanto que millares de sus hijos duermen á la intemperie.

Millares de lámparas arden en los templos alumbrando á las arañas, en tanto que millares de hijos de Cristo no tienen candil para acostarse.

El surtidor de la devota marquesa arroja el agua superflua, en tanto que el sediento es arrestado á la entrada del jardín por la carabina del guarda.

Los religiosos, como se ve, no han alcanzado todavía el nivel moral de las fieras.

Dios ante el sentido común

UNA PRIMA

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una peseta.

Los peregrinos

POR
ROBERTO ROBERT

otros tantos acusadores de su llorado delito.

Al contemplarse solos en aquellas eminencias donde se había detenido la nave de Noé, se creían en lugar santo y próximo al cielo, y mostraban á Dios, no sus llagados miembros, sino su corazón amante...

Acometiéronse una tribu de infieles, y viendo en ellos no sólo á cristianos, sino á cristianos tan despreciados por sus propios amigos, se ensañaron con ciego furor en ellos.

Abrumados bajo el peso de tantas desventuras, arrastrándose, no atreviéndose á esperar ni siquiera que la muerte se les mostrara piadosa, se encaminaron á orar al monte Sinaí.

Volvieron á Roma transcurridos otros cuatro años, y arrodillándose al pie del sepulcro de los apóstoles, llorando, no el mal que padecían, sino el que habían causado, sus helados labios prorrumpieron en lamentables voces de ¡misericordia! ¡misericordia!...

¡Aún no había sonado la hora! El Dios que perdona al parricida que de todo corazón se arrepiente en el postrer momento, aún no había querido perdonar la muerte del eclesiástico, tras ocho años de tan dura penitencia.

El Pontífice les mandó emprender nueva peregrinación á Francia, donde aún no habían servido de espectáculo, y salieron sin perdón de la Ciudad Santa, entre un clamor universal de lamentos, lágrimas y bendiciones.

El hierro de los cilicios no había podido resistir á la penitencia de aquellos desgraciados; quebrábanse las mallas comprimidas, pero no la saña sacerdotal, más fuerte que el hierro.

Las cadenas les rozaban los huesos... Una noche entraron en un albergue y de allí no se les vió salir.

El pueblo, testigo de su quebranto y sabedor de su amarga suerte, preguntaba qué había sido de los peregrinos.

Nadie le contestaba.

Al cabo de algún tiempo se satisfizo la curiosidad pública con la nueva de que, satisfecho el Señor, había enviado un ángel á los peregrinos, el cual se había vuelto al cielo con ellos.

Tal es la leyenda piadosa de los hermanos Frotmundo.

Leyenda que declara cuán grande era el poder de los Pontífices y cuán poética la época de los peregrinos.

La crónica y la leyenda de aquellos tiempos tienen los mismos arrechuchos que las catedrales.

Ofrecen á la vista la representación de un misterio de sublimidad inefable, que le hace á uno levantar los ojos al cielo; los levanta y ¿qué ve? un canalón de la misma catedral representando un par de monstruos de obscenidad, revestidos de insignias sacerdotales.

Asoma tal vez por aquellas alturas un ovalado rostro de monja con los ojos bajos y las manos cruzadas sobre el púdico seno y al lado un sátiro vestido de fraile guiñando los ojos y sacando la lengua.

Así al pie de la noticia de los cuatro penitentes, me encuentro con el ridículo suceso de otro peregrino.

Está tomado de la *Crónica de Anjou* y dice que Fulco, descendiente de los condes de Anjou, asesinó á su propio hermano y á otras personas, por ambición de mando.

Hasta aquí la cosa no ofrece novedad: asesinar por mandar era común en aquellos... me equivoqué: quise decir que es muy común en nuestros tiempos.

Pues señor, Fulco de Anjou tuvo remordimientos, y para expiar su pecado resolvió hacer penitencia y peregrinó á Jerusalén.

Llevóse criados y todo lo menester, y entró en la Ciudad Santa.

Pero no: antes le sucedió otra cosa. Corrió una gran tormenta y temió por su vida, y discutiendo que acaso Dios alborotaba el mar para castigar sus pecados con la muerte de cuantos iban en el barco (lo cual no habría sido la primera vez que habría sucedido) prometió que si le quedaba vida, dedicarla un templo á San Nicolás.

Aplacóse la ira del mar, y finalmente, entró el conde en la Ciudad Santa, y al tiempo que sus criados le iban dando azotes, él exclamaba: ¡Piedad, señor! ¡Piedad de un hombre traidor y asesino!

Quiere el conde entrar en donde estaba guardado el Santo Sepulcro; pero el musulmán que guardaba la puerta, que sin duda era andaluz, le cierra el paso y le dice que antes de pasar adelante tiene que comprometerse á hacer sobre la losa lo que estaba obligado á hacer todo príncipe cristiano.

El conde preguntó con extrañeza: —¿Qué es lo que debo hacer sobre la losa?

—Agua menorea, le respondió el infiel.

Enojado el cristiano se negó y dijo que antes moriría mil veces; y aquellos ímpios que trataban las cosas sagradas de los cristianos con el mismo desprecio con que los cristianos tratan las cosas sagradas para ellos, repitió lo que se suele decir en todos los dramas:

—Antes morir.

—Pues no entrarás, le replicaron.

Y él se volvió, porque entre no verles y matarles, prefirió no verles.

Con tanta multitud de cristianos como acudían á Jerusalén, no se le ocurrió al conde preguntar á ninguno de ellos:

—Hombre: ¿es verdad que aquí se obliga á cometer ese sacrilegio antes de adorar á Dios? ¿Cómo es que se consiente eso? ¿Cómo es que no escandaliza á toda la cristiandad un ultraje semejante y nadie habla de ello?

Nada: no se le ocurrió preguntar ni dudarlo siquiera: lo creyó al pie de la letra, acostumbrado como le tenía la Iglesia á creer de sopetón lo más inexplicable, y se fué á reflexionar á su posada.

Dejar de adorar el sepulcro, no quería: hacer lo otro, tampoco; pues ¿quid facien-

Discutíó y, ó bien se dió una palmada en la frente, si su ocurrencia fué pronta, ó se rascó varias veces la cabeza, si fué tardía: sobre esto no puede haber duda, aunque no lo dice la crónica.

La ocurrencia fué que «se proveyó de una ampolla de vidrio, casi plana; la llenó de pura, limpia y odorífera agua de rosa, aunque otros dicen de vino blanco; se la colocó en la cruz de las calzas, y otra vez se encaminó al santo sepulcro.»

Detuviéronle los musulmanes, y tomándolo por tonto al que tan selecta muestra de ingenio iba á darles, le dijeron que podía entrar si se obligaba á hacer lo que la víspera le habían advertido.

—Sí, sí, lo haré, dijo el conde, y ya quería meterse dentro.

—Alto, le gritó otro, al verle tan sándido en la apariencia; antes de entrar es preciso que pagues algún dinero.

El conde sacó dinero, porque en su penitencia no entraba el quedarse pobre, y á cada puñado de monedas que daba, aparecía á sus ojos otro infiel alargando la mano.

Saciados ellos ó exhausto él, penetró por fin en el santuario; y fingiendo como pudo, derramó el contenido de la ampolla sobre el sepulcro.

Entre tanto, los musulmanes se relan como unos migueletes, creyendo que le habían engañado.

La crónica, empero, dice que no, que los engañados fueron ellos; porque sin duda en aquellos buenos tiempos el hombre que daba crédito á una paparru-

(Continuad).

IMPRESA: LIBERTAD, 31.—MADRID